CAPÍTULO VII

Conclusión de la travesía desde Nueva Zelandia hasta la Isla de Pascua, y negociaciones llevadas a cabo en ésta; explicación acerca de la expedición enviada para explorar la parte interior del país, y descripción de algunas de las sorprendentes estatuas gigantes halladas en la isla.

11 y 12 de marzo.

A las ocho de la mañana del día 11 fué vista tierra desde la cofa en dirección O., y a mediodía se percibió desde la cubierta, extendiéndose desde O. N. a O. por S., a unas doce leguas de distancia. No dudé que ésta sería la Tierra de Davis o Isla de Pascua (1), pues su aparición en esta posición concuerda con la asignada por Wafer. Esperábamos haber visto la isla baja arenosa que encontró Davis, lo que nos hubiera servido de confirmación; mas en este caso tuvimos una decepción. A las siete de la tarde, la isla se hallaba comprendida entre las direcciones N. 62° O. y N. 87° O., y a cinco leguas de nosotros; en esta situación sondamos con un cable de ciento cuarenta brazas, sin hallar fondo (2). Allí pasamos la noche, teniendo alternativamente calma y aire suave hasta las diez de la siguiente ma-

---

(1 La Isla de Pascua, en indígena *Rapa Nui*, en pleno Pacífico — y no lejos de la Isla de Salas y Gómez —, tiene 120 kilómetros cuadrados de superficie, 538 metros de altitud máxima, y tan sólo 228 habitantes. *(Nota de la edición española.)*

(2) Erguida en pleno Pacífico, junto a la Isla de Pascua se han sondado profundidades de 2.974 y 3.213 metros. *(Nota de la edición española.)*

nos trajeron un racimo de plátanos que subimos a bordo por medio del cable, y después volvieron a la orilla. Con esto nos formamos una buena opinión de los isleños, sugiriéndonos esperanzas de que encontraríamos algunos víveres, de los que estábamos muy necesitados. Continuamos bordeando la costa hasta que salvamos la punta septentrional de la isla, sin ver otro fondeadero mejor que el que ya habíamos pasado. Por consiguiente, viramos y volvimos hacia atrás, y mientras tanto, envié al contramaestre en un bote para sondar la costa. Regresó hacia las cinco de la tarde, y poco después echamos el ancla en treinta y seis brazas de agua, delante de la playa arenosa antes mencionada. Al aproximarse el contramaestre con el bote cerca de la orilla, uno de los indígenas fué nadando hasta él e insistió en que se le trajera a bordo del barco; así lo hizo, permaneciendo con nosotros dos noches y un día. La primera cosa que hizo al pisar la cubierta fué medir la longitud del barco por la extensión de sus brazos, desde el alcázar a la roda, y según contaba las brazas, observamos que decía los números con los mismos nombres que los de Otahiti; sin embargo, su lenguaje era totalmente incomprensible para todos nosotros.

14 de marzo.

Habiendo fondeado demasiado cerca del borde del banco de arena, una fresca brisa de tierra, hacia las tres de la siguiente mañana, nos alejó de él, por lo cual levamos el ancla e hicimos vela para ganar la orilla otra vez. Mientras el navío permanecía a la capa fuí a la costa, acompañado por algunos de los expedicionarios, para ver lo que podría facilitarnos la isla. Desembarcamos en la playa, donde se hallaban reunidos cientos de los naturales, que demostraron una gran impaciencia por vernos; tanto, que muchos de ellos salieron nadando al encuentro de los botes. Ninguno de ellos tenía armas en las manos. Después de distribuírles algunas

chucherías, hicimos señas de que queríamos comer, y entonces nos trajeron algunas batatas, plátanos y cañas de azúcar, que cambiaron por clavos, espejos y pedazos de tela.

En seguida descubrimos que eran tan expertos ladrones y tan mauleros en sus cambios como el que más de los que hasta entonces nos hubimos encontrado. Con dificultad pudimos conservar los sombreros sobre la cabeza, y apenas nos era posible guardar nada en nuestros bolsillos, ni aun lo que ellos mismos nos daban, pues acechaban la primera ocasión para hurtárnoslo, hasta tal punto, que frecuentemente comprábamos la misma cosa dos o tres veces y acabábamos por quedarnos sin ella.

Antes de partir de Inglaterra me habían informado que un barco español había visitado esta isla en 1769 (1). Entre la gente que nos rodeaba vimos algunas pruebas de ello; un hombre tenía un hermoso sombrero europeo de anchas alas; otro, una chaqueta, y otro, un pañuelo rojo de seda. También parecía que conocían el uso del mosquete y que le profesaban un gran respeto; pero esto indudablemente lo aprendieron de Roggewein, quien, si damos crédito a los autores de este viaje, les dejó abundantes recuerdos.

Cerca del sitio en que tomamos tierra había algunas de las estatuas antes mencionadas, y que describiré en otro lugar. El campo tenía un aspecto árido y desprovisto de vegetación; no obstante, se veían algunas plantaciones de batatas, plátanos y cañas de azúcar; vimos también algunas aves domésticas, y encontramos un manantial de agua salobre. Como eran aquéllos artículos de los cuales nos hallábamos muy necesitados, y como los naturales no mostraban resistencia a entre-

(1) En 1770 D. Felipe González tomó posesión, en nombre del rey de España, de la Isla de Pascua; pero desde 1888 pertenece a Chile, del que dista 3.700 kilómetros. *(Nota de la edición española.)*

garlos, decidí quedarme en este punto un día o dos. Con este propósito regresé a bordo y ordené que anclara el barco, haciéndolo en treinta y dos brazas de agua, con un fondo de arena fina y obscura. Estábamos a una milla del punto más próximo de la costa, o sea de la punta sur de una pequeña bahía, en cuyo fondo se encuentra la playa arenosa antes mencionada, en dirección ESE., y distante una milla y media. Los dos islotes rocosos que yacen cerca de la punta sur de la isla estaban en aquel momento ocultos por un pequeño cabo, situado al norte de ellos. Tenían el rumbo S. $^3/_4$ O., a cuatro millas de nosotros, y el otro extremo de la isla se encontraba en dirección N. 25° E., y distante unas seis millas. Pero la mejor indicación para hallar este fondeadero es la playa, por ser la única que existe en este lado de la isla. Después de mediodía llevamos a bordo algunas barricas de agua y entablamos con los indígenas un activo comercio, recibiendo muchos de los artículos de que disponían. Algunos de los expedicionarios hicieron una excursión por el interior del país para ver cuál era su producción, y regresaron por la tarde sin otra pérdida que la de un sombrero, que uno de los nativos arrebató de la cabeza de uno de los excursionistas.

15 de marzo.

Al día siguiente, por la mañana temprano, envié a los tenientes Pickersgill y Edgcumbe con una compañía de soldados y varios de los expedicionarios para que exploraran el país. Como yo no estaba aún suficientemente repuesto de la enfermedad pasada para poder formar parte de la comitiva, me vi obligado a contentarme con permanecer en el desembarcadero entre los naturales. Tuvimos en seguida un activo cambio con ellos por batatas, las que, según observábamos, cavaban en una plantación inmediata; pero este tráfico, que era muy ventajoso para nosotros, fué interrumpido

bien pronto por el propietario (según supongo) de la plantación, que, llegando a ella, expulsó a todos fuera de su huerto. Por todo esto deduje que había sido robado aquel individuo, y que los indígenas no eran más escrupulosos entre ellos que tratándose de nosotros; nos hurtaban las cosas apelando a todas las artimañas que podían imaginar, y generalmente con éxito, y tan pronto como los descubríamos robando en un sitio, se iban a otro para hacer lo mismo. A las siete de la tarde regresó la partida que envié al interior del país, después de haber recorrido la mayor parte de la isla.

Partiendo de la playa a las nueve de la mañana, habían seguido una senda que conducía por el lado suroeste de la isla, escoltados por gran número de indígenas, que los importunaban constantemente. No habían llegado muy lejos cuando les salió al encuentro un hombre de mediana edad, tatuado desde la cabeza a los pies y pintado su rostro con una especie de pigmento blanco. Apareció con una lanza en la mano, y colocándose al lado de los expedicionarios, caminó con ellos, haciendo señales para que los indígenas se mantuviesen a distancia sin molestar a nuestra gente. Después de marchar bastante tiempo de esta manera, sujetó un pedazo de tela blanca en su lanza, y, levantando ésta, la apoyó sobre su frente, reanudando la marcha con esta enseña de paz, que no otra cosa parecía significar. Durante la mayor parte del trayecto que recorrieron, el terreno aparecía estéril y constituido por una arcilla seca y dura, cubierta de piedras por todas partes; a pesar de esto, se percibían algunos grandes espacios plantados de batatas y algunas hileras de plátanos, aunque no se vió fruto en ninguno de estos árboles. Hacia la parte más elevada del extremo sur de la isla, el suelo, que era de tierra fina colorada, parecía ser mucho mejor; la hierba crecía bastante alta, y no estaba cubierto de piedras, como en otras partes; pero no vieron casas ni plantaciones en él.

Sobre el lado este, cerca del mar, encontraron tres plataformas, o mejor dicho las ruinas de ellas, construídas de mampostería. Habían servido de pedestales a otras tantas grandes estatuas, y dos de las cuales se hallaban ya deshechas, y mutilada la otra hasta la tercera parte de su altura; pero en todas habían desaparecido las facciones. Míster Wales midió la que aun se conservaba, y resultó ser de quince pies de altura y seis pies de ancha de hombro a hombro. Cada estatua tenía sobre la cabeza un gran cilindro de piedra de color rojo, muy bien tallado, en redondo. El que midieron, que no era con mucho el mayor de ellos, tenía cincuenta y dos pulgadas de altura y sesenta y seis de diámetro. En algunos la base superior del cilindro había sido ahuecada, presentando una superficie cóncava; pero en otros el cilindro estaba completo (1).

Desde este sitio siguieron la dirección de la costa hacia el NE., guiando siempre el hombre de la bandera. Por espacio de tres millas el terreno por que atravesaban era árido, y en algunos sitios surgían del suelo rocas desnudas que parecían ser de mineral de hierro pobre. Más lejos se hallaba la parte más fértil que vie-

---

(1) El principal interés de la Isla de Pascua está en sus estatuas colosales (algunas de más de 20 metros de altura y 250 toneladas de peso), de las que se han contado 500. Ofrecen caras humanas, aves, peces, jeroglíficos y una especie de animal con formas humanas y cabeza de gato. Parece que acaso una súbita erupción volcánica (la isla entera es de tal naturaleza) detuvo bruscamente los trabajos, pues ya advierte Cook que unas están erguidas y otras yacentes, como abandonadas. Hay gran semejanza entre las inscripciones de la civilización de los Mayas, en América, y las de las rocas y estatuas de la isla de Rapa Nui.

Para datos acerca de las *moai* (estatuas colosales) halladas en las faldas del volcán Ravaku, historia y escritura de la isla, consúltese: TEPANO JAUSSEN, «L'île de Pâques. Historique et écriture». *(Bull. de Géograph. histor. et descript.* París, 1893.)

Acerca de las razas de esta isla puede verse W. VOLZ, «Beitrage zur Anthropologie der Sudsee» *(Archiv. für Anthropologie,* tomo XXIII, Heft I y II). *(Nota de la edición española.)*

ron del país; había diseminadas varias plantaciones de batatas, caña de azúcar y plátanos, y las tierras no eran pedregosas, como las que hasta entonces habían visto; pero no pudieron encontrar más agua que la que les trajeron por dos o tres veces los naturales, la cual, aunque salobre y hedionda, fué aceptada por todos, a causa de la extremada sed que tenían. También pasaron por algunas chozas, cuyos moradores salieron a su encuentro con batatas asadas y cañas de azúcar; se colocaban a la cabeza de los primeros de la partida (pues marchaban en fila, con objeto de aprovechar el sendero), e iban dando una a cada hombre que pasaba por delante de ellos. El mismo método siguieron para distribuír el agua que traían, y tenían particular cuidado de que los primeros no bebieran demasiada para que pudiese beber hasta el último. Pero al mismo tiempo que éstos los ayudaban a satisfacer el hambre y la sed, no faltaron otros que procuraran por todos los medios despojarlos de las mismas cosas que antes les habían dado. Por último, para evitar mayores males, se vieron obligados a disparar un tiro con carga pequeña sobre uno de los indígenas que fué lo bastante atrevido para querer arrebatar el saco en que llevaba uno de los nuestros los utensilios de la partida. El tiro le alcanzó en la espalda, con lo cual soltó el talego y, después de andar unos cuantos pasos, cayó al suelo. Poco después se levantó y se fué; no pudieron saber lo que le pasara ni si había sufrido herida grave. Como este incidente los había obligado a detenerse, todos los indígenas se agruparon en torno de los nuestros, y en seguida vieron correr hacia ellos al hombre que hasta entonces les había servido de guía, seguido de dos o tres más; pero en lugar de detenerse cuando llegaron, continuaron corriendo, dando vueltas a su alrededor, repitiendo de una manera extraña una cuantas palabras, hasta que nuestra gente se puso en marcha otra vez. Entonces el antiguo guía puso en alto su bandera, mostrando

el camino como anteriormente y sin que durante el resto del día nadie hiciera ninguna tentativa de robo.

Según iban andando, observaron que había en una colina un cierto número de indígenas agrupados, algunos de ellos provistos de lanzas; pero después de ser interpelados por nuestro guía, se fueron, a excepción de unos cuantos, entre los que se destacaba uno que parecía tener cierta jerarquía. Era un hombre robusto y bien formado, de aspecto agradable y simpático, su rostro pintado, el cuerpo tatuado, y que llevaba un *Ha hou*, o vestido mejor que el del resto de los indígenas. Cuando llegó cerca de ellos los saludó, juntando ambas manos, levantándolas por encima de su cabeza y dejándolas después caer lentamente a lo largo de sus muslos. A este hombre, a quien los nuestros tomaron por el jefe de la isla, le dió el guía la bandera blanca, y tomando a su vez otra en cambio, la enarboló delante de nuestra gente durante el resto del día.

En el extremo oriental de la isla encontraron un manantial, cuya agua era perfectamente dulce y que se hallaba a una considerable altura sobre el nivel del mar; mas estaba bastante turbia, debido a la suciedad o limpieza (llámese como se quiera) de los indígenas, que nunca beben sin lavarse en la misma agua tan pronto como han satisfecho su sed; los primeros labios que beben se posan en el centro del charco, e inmediatamente después de beber se lava el individuo, sin la menor ceremonia, después de lo cual otro ocupa su sitio y hace lo mismo.

Observaron los excursionistas que esta parte de la isla estaba llena de esas gigantescas estatuas tan frecuentemente mencionadas; algunas, colocadas en grupos, reposaban sobre plataformas de mampostería; otras, sencillas, se fijaban directamente sobre la tierra y a poca profundidad, siendo, por lo general, estas últimas mucho mayores que las otras. Después de medir una de las que estaban caídas, encontraron que te-

nía muy cerca de veintisiete pies de largo y más de ocho pies de ancho sobre el pecho o los hombros; y, sin embargo, esta que midieron parecía mucho más pequeña que las que se hallaban derechas; su sombra, un poco después de las dos, era suficiente para resguardar de los rayos del Sol a toda la partida, que consistía en unas treinta personas. Aquí se detuvieron para comer, después de lo cual se dirigieron a una colina desde la cual se distinguía toda la costa este y norte de la isla, y no pudieron percibir ninguna bahía o rada conveniente para que un bote abordase a la costa; tampoco encontraron ni el menor indicio de agua dulce, pues lo que los indígenas les trajeron fué realmente agua salada. Sin embargo, observaron que varios de ellos la bebieron en abundancia; ¡tan bien se adapta la naturaleza a la necesidad y a la costumbre! Por esta causa se vieron los nuestros obligados a volver al manantial últimamente mencionado, donde, después de mitigar su sed, dirigieron sus pasos a través de la isla, hacia el navío, pues eran ya las cuatro de la tarde.

En un pequeño valle situado en la parte más alta de la isla, encontraron varios cilindros, semejantes a los que aparecen colocados sobre las cabezas de las estatuas. Algunos de éstos parecían mucho mayores que todos los que habían visto hasta entonces; pero era ya demasiado tarde para detenerse en medirlos. Míster Wales, a quien debo esta información, es de opinión de que debe haber existido alguna cantera aquí, de donde han sido sacadas estas piedras en tiempos muy remotos; también cree que no debe haber sido tarea muy difícil hacer rodar estas piedras por la colina abajo, después de haberles dado la forma. Considero esta hipótesis muy razonable, y no tengo duda alguna de que haya sido así.

Sobre la ladera de la montaña orientada al O., encontraron otro manantial; pero el agua estaba fuerte-

mente mineralizada, tenía una espesa costra de espuma flotando y hedía insoportablemente. A pesar de esto, la necesidad hizo que algunos bebieran; pero les produjo tan mal efecto, que poco después salió el agua por el mismo sitio que había entrado.

Durante toda esta excursión, así como durante la que hicieron el día precedente, solamente vieron dos o tres arbustos. La hoja y semilla de ellos (llamada por los isleños *Torromedo)* eran bastante parecidas a las de la arveja común; pero la vaina se parecía más, en tamaño y forma, a la del tamarindo. La semilla tiene un gusto amargo desagradable, y cuando vieron los indígenas que nuestras gentes las masticaban, hicieron señas para que las escupieran; dedúcese de aquí que eran consideradas por ellos como venenosas. La madera es de un color rojizo y bastante dura y pesada; pero muy sinuosa, delgada y corta, no excediendo el tronco de seis o siete pies de altura. En el rincón suroeste de la isla hallaron otro pequeño arbusto de madera blanca y quebradiza, que hasta por su hoja era bastante semejante al fresno. También vieron en varios sitios la misma planta que usan los naturales de Taiti para hacer sus vestidos; pero era de escaso desarrollo y sus fibras muy débiles; a lo más, tendría dos pies y medio de altura.

No vieron animal de ninguna clase; solamente algunos pájaros; tampoco encontraron nada de interés que pueda inducir a los barcos a tocar en esta isla, a no ser que estén en la mayor necesidad.

Esta descripción de la excursión se la debo a míster Pickersgill y a Mr. Wales, hombres de cuya veracidad respondo, y en vista de ello resolví partir de esta isla a la siguiente mañana, toda vez que nada podría obtenerse que valiese la pena de permanecer más tiempo; hasta el agua que habíamos enviado a bordo no era mucho mejor que si la hubiéramos tomado directamente del mar.

16 de marzo.

Estuvimos en calma hasta las diez de la mañana del día 16, en que saltó una brisa al O., acompañada de fuertes chaparrones, que duraron cerca de una hora. Después, el tiempo aclaró, desplegamos las velas y, poniendo la proa al mar, permanecimos a la capa mientras que un oficial fué enviado a la costa con dos botes para recoger los víveres que los indígenas pudieran haber traído; creí que lo habrían hecho así, como de costumbre, puesto que no sabían nada de nuestra partida. Los hechos probaron que no estaba equivocado, pues los botes pudieron hacer dos viajes antes de que viniese la noche; entonces se subieron a bordo y nos dimos a la vela hacia el NO., con una ligera brisa al NNE.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

CAPÍTULO VIII

Descripción de la isla, de sus productos, situación y habitantes; de su trato y costumbres. — Consideraciones acerca de su Gobierno, religión y otros extremos, con una explicación, en particular, de sus gigantescas estatuas.

Creo oportuno dar ahora más amplias referencias sobre esta isla, que es sin duda la misma en que tocó el almirante Roggewein en abril de 1722, aunque la descripción dada por los autores de este viaje no concuerde en absoluto con lo que hemos visto ahora. Puede también ser la misma que viera el capitán Davis en 1686 (1), pues cuando se observa desde el E., responde muy bien a la descripción de Wafer, como ya he hecho notar antes. En una palabra: si ésta no fuera dicha tierra, ese descubrimiento no puede estar lejos de la costa de América, pues esta latitud ha sido muy bien explorada desde el meridiano de 80° al de 110°. El capitán Carteret (2) llegó mucho más lejos; pero su derrotero parece haber sido un poco más meridional. De haber encontrado agua dulce, tenía la intención de invertir algunos días en buscar la isla baja arenosa en que Davis

---

(1) La isla de Rapa Nui fué descubierta en 1686 por el filibustero inglés Davis. En 1722, Roggewein, navegante holandés, desembarcó en ella el día de Pascua y la bautizó con tal nombre. Behrens, Cook, La Pérouse, entre los más célebres navegantes, visitaron la isla. *(Nota de la edición española.)*

(2) El capitán Carteret, comandante del *Swallow*, tras separarse de Wallis al desembocar éste el Estrecho de Magallanes, fué (1767) a la Isla de Más-a-fuera (Islas de Juan Fernández) y visitó varias islas del Pacífico oriental. *(Nota de la edición española.)*

tocó, con lo cual habría quedado dilucidado este punto. Pero como no disponíamos de agua y tenía que hacer un largo viaje antes de que pudiese tener la seguridad de hacer provisión de ella, y precisándome además abastecerme de víveres, renuncié a estas averiguaciones; una pequeña dilación podía haber acarreado funestas consecuencias para la tripulación, pues muchos de ellos empezaban a estar más o menos afectados por el escorbuto.

Ninguna nación debe ambicionar el honor de haber descubierto esta isla, pues pocos sitios hay que tan mal se presten para el abastecimiento de buques. No hay fondeadero seguro, ni leña para combustible, ni agua dulce que merezca ser llevada a bordo. La Naturaleza ha sido excesivamente parca en sus favores a este lugar, pues todo ha de ser obtenido a fuerza de trabajo; debe suponerse que los habitantes no cultivan más que lo que necesitan para sí mismos, y como son muy pocos en número, nada les sobra para abastecer a los visitantes extranjeros. Producen batatas, ñames, taro (1), plátanos y caña de azúcar, todo bastante bueno, especialmente las batatas, que son de la clase mejor que he comido. Tienen también calabazas, pero tan escasas, que la corteza del coco era la cosa de más valor que se les podía dar. Poseen algunas aves domésticas, como gallos y gallinas, pequeños, pero de muy buen gusto, y ratas, que les sirven de alimento, según parece, pues vi a un hombre que tenía en la mano algunos de estos animales muertos, de los cuales no quería desprenderse, dando a entender que eran para comérselos. Apenas vimos algún que otro pájaro de

(1) El *taro* es la voz polinesia con que se designa la especie *Colocasia antiquorum*, cultivada desde remotos tiempos en las regiones tropicales y subtropicales del Globo. Su tubérculo es para los indígenas de Oceanía o Australasia una de las bases de su alimentación. Se consume mucho en Taiti. *(Nota de la edición española.)*

tierra y muy pocos de mar; éstos fueron fragatas, golondrinas de mar, *Phaëton*, pájaros bobos, etc. La costa no parecía abundante en pescado, o por lo menos no pudimos pescar ninguno con caña o anzuelo, y se veían muy pocos entre los indígenas.

Tales son los productos que se encuentran en la Isla de Pascua o Tierra de Davis, que está situada en la latitud de 27° 5' 30" S. y longitud de 109° 46' 20" O. Tiene diez o doce leguas de contorno, con una superficie accidentada y pedregosa, y limitada en la costa por unas rocas constituídas por mineral de hierro. Las colinas son de tal altura, que se divisan desde cincuenta o sesenta leguas; cerca del extremo sur hay dos islotes rocosos muy próximos a la costa; las puntas norte y este de la isla se elevan directamente desde el mar a una considerable altura, y entre ellas, sobre el lado sureste, la costa forma un abierto golfo, en el cual creo que fondearon los holandeses. Nosotros anclamos, como ya se ha dicho, en el lado oeste de la isla, tres millas al norte de la punta sur, y con la playa arenosa marcando la dirección ESE. Este es un buen fondeadero para los vientos de levante, pero muy peligroso con los de poniente, como lo es el lado sureste cuando soplan los vientos del E.

Por este y otros varios inconvenientes que he mencionado, sólo la necesidad puede inducir a nadie a tocar en esta isla, a menos de poder hacerse sin apartarse mucho de la ruta que se sigue, en cuyo caso pudiera ser ventajoso arribar a esta isla, pues la gente, con buena voluntad, entrega los víveres. Cierto que a nosotros nos aprovechó en gran manera lo poco que allí adquirimos; pero es lo general que se hallen muy precisados de agua los barcos que tocan en la isla, y no es sitio en que pueda satisfacerse esta necesidad; pues la escasa provisión que de este elemento llevamos a bordo fué imposible de utilizar, ya que resultó no ser otra cosa que agua salada, que desde la orilla rocosa

sigue un trayecto filtrante hasta el manantial practicado en las piedras por los indígenas, al sur de la playa mencionada, en el cual fluía el agua y desaparecía a compás con las mareas.

El número de habitantes de estas islas parecía no exceder de seiscientos o setecientos (1), y más de las dos terceras partes de los que vimos eran varones. O existían pocas mujeres entre ellos, o les habían prohibido dejarse ver durante nuestra estancia; pues, aunque nada vimos que nos indujera a suponer que fueran de condición celosa los hombres, ni que las mujeres se asustasen de aparecer en público, no debía ser otra la razón.

En color, facciones y lenguaje tenían tal afinidad con los otros pueblos de las islas situadas más a Occidente, que nadie puede dudar de que hayan tenido el mismo origen. Es asombroso que una misma raza se haya extendido sobre todas las tierras que surgen en el vasto océano que se extiende desde Nueva Zelandia hasta esta isla, que constituyen una superficie equivalente a casi una cuarta parte de la circunferencia del Globo (2). Muchos de ellos no tienen de los otros más conocimiento que el que les ha sido transmitido por la tradición, y con el transcurso del tiempo han llegado a ser como pueblos distintos, habiendo adoptado cada uno alguna costumbre peculiar o hábito, etc. Sin embargo, un minucioso observador hallará pronto las grandes afinidades que tienen unos con otros.

Por lo general, la gente de esta isla es de baja estatura. No vi ningún hombre que midiese más de seis pies; se ve, pues, que no son gigantes, como asegura uno de los autores del viaje de Roggewein. Son ágiles y activos, tienen buenas facciones y agradables mane-

---

(1) Véase la nota de la página 49.

(2) Los habitantes de Rapa Nui son, en efecto, polinesios de los que se habló en la nota de la página 265 del tomo I. Llegaron a la isla con posterioridad a los escultores de las estatuas gigantescas. *(Nota de la edición española.)*

ras, son amables y hospitalarios para los extranjeros; pero tan aficionados a las raterías como cualesquiera de sus vecinos.

El *tatowing* (tatuaje) o la punción de la piel está muy generalizado. Los hombres están marcados de la cabeza a los pies con figuras, todas muy parecidas; solamente que unos les dan una dirección y otros otra, según su fantasía les sugiere. Las mujeres están muy poco tatuadas; se pintan de blanco y rojo, y esto es más común entre ellas, aunque también lo usan los hombres; el color rojo lo hacen del *taray;* pero no sé nada respecto de la composición del blanco.

Su vestido consiste en un pedazo o dos de tela acolchada de seis pies por cuatro, o en una simple estera. Un pedazo arrollado a sus caderas y otro colocado sobre sus hombros, forman un traje completo; pero los hombres, en su mayor parte, están casi desnudos, pues no llevan más que una tira de paño entre sus piernas, cada uno de cuyos extremos se sujeta a una cuerda o correa que llevan alrededor de su cintura. Estos tejidos están hechos con los mismos materiales que en Taiti, esto es, de la corteza del árbol del paño; pero como tienen muy poco, nuestras telas de Taiti o de cualquiera otra clase alcanzaban aquí un gran valor.

Su cabello, generalmente, es negro; las mujeres lo llevan largo y algunas veces recogido sobre el vértice de la cabeza; pero los hombres lo tienen, así como la barba, cortado casi al rape. Se cubren la cabeza con una tira redonda adornada con plumas y un gorro de paja, algo parecido al que se usa en Escocia; el primero creo que lo llevan los hombres, y el segundo, las mujeres. Unos y otras tienen en los lóbulos de las orejas unos agujeros, o más bien hendeduras muy grandes, de cerca de tres pulgadas, y que no calan el apéndice. Algunas veces lo rebaten sobre la parte superior del pabellón de la oreja, con lo que queda esta parte encajada en la hendedura del lóbulo de tal modo, que

produce a la vista la ilusión de que les han cortado las orejas. El principal adorno de las orejas consiste en el plumón blanco de las aves y en unos anillos que colocan en el hueco, y que *están formados de una varilla* elástica arrollada en espiral, como el muelle de un reloj. Juzgué que esto sería para conservar el hueco de la oreja lo más grande posible. No recuerdo haberles visto llevar más adornos que amuletos hechos de hueso o concha. (Véanse las láminas II y III del tomo II.)

Aunque este pueblo parece ser inofensivo y amistoso, no está desprovisto de armas ofensivas, tales como clavas y lanzas; estas últimas consisten en palos curvados de unos seis pies de largo, con trozos de pedernal en la punta. Tienen también un arma de madera semejante al *Patu patu* de Nueva Zelandia.

Sus viviendas son pequeñas y miserables chozas, que *construyen colocando dos hileras de palos fijados en* la tierra, a seis u ocho pies de distancia, e inclinándolos después uno contra otro, de modo que, una vez atados por el extremo superior, forman una especie de arco gótico. Los palos más largos se colocan en el centro, y los más cortos, en los extremos; la distancia entre las dos filas es mayor en el centro que a los lados, de manera que la cabaña resulta más alta y ancha en su parte media, y más baja y estrecha en cada extremidad. A estos palos van fijos otros transversales, y el conjunto está bardado con hojas de caña. La puerta se halla practicada a la mitad de uno de los lados, y es tan baja y estrecha, que justamente da el espacio *suficiente para que entre un hombre a gatas.* La casa mayor que he visto tendría unos sesenta pies de largo, ocho o nueve de alto en su parte media, y tres o cuatro en cada extremo; su anchura en estas distintas partes era casi igual a su altura. Algunos tienen su casa construída con piedras, formando una especie de bóveda; una parte de su piso está bajo el nivel del suelo exterior; pero nunca he entrado en éstas.

No he visto más utensilios domésticos entre esta gente que calabazas, y éstas en corto número. Mostraban tal preferencia por las cortezas de los cocos, que les daban más valor que a cualquier otra cosa que pudiéramos darles. Preparaban sus vituallas de la misma manera que en Taiti, esto es, sobre piedras que calentaban en unos hornos o huecos que abrían en el terreno, utilizando como combustible la paja o los cabos de la caña de azúcar. Los plátanos, que requieren muy poca preparación, los asaban sobre hogueras que hacían quemando paja, hierba seca, etc., y por racimos enteros los asaban o hacían madurar de esta manera. Se ven frecuentemente diez, doce o más hogares semejantes en un mismo sitio, y por las mañanas con preferencia a las tardes.

No vieron más de tres o cuatro canoas en toda la isla, y éstas muy sencillas y construídas de muchos fragmentos acoplados unos a otros con pequeñas cuerdas. Tienen de diez y ocho a veinte pies de largo; la proa y la popa, que están talladas y algo salientes, son muy estrechas y van aseguradas por medio de aparejos. No parecen capaces para llevar más de cuatro personas, y de ninguna manera son aptas para navegar a distancia. Aunque estas canoas eran muy pequeñas y sencillas, nos sorprendía el modo de conseguir la madera empleada en su construcción, pues en una de ellas había una tabla de seis u ocho pies de larga, catorce pulgadas de ancha en un extremo y ocho en el otro; no habíamos visto, en efecto, un tronco en toda la isla, del cual se pudiera haber sacado una tabla ni de la mitad de tamaño siquiera, ni tampoco se veía en la canoa otro pedazo tan grande de madera.

De dos maneras puede explicarse el que haya llegado a ellos esta gran tabla: puede haber sido abandonada aquí por los españoles, o puede haber llegado a la deriva hasta la costa de la isla desde otra tierra lejana. También es posible que exista alguna tierra en los

alrededores, de donde ellos mismos la hayan traído. Sin embargo, nosotros no vimos ninguna señal de ello ni pudimos obtener de los indígenas el menor informe sobre este punto, aunque ensayamos todos los métodos que se nos ocurrieron para conseguirlo. Fuimos casi tan desafortunados en nuestras indagaciones por conocer el nombre propio o indígena de la isla; pues al comparar mis notas, encontré que había recibido tres títulos diferentes, a saber: *Tamareki*, *Whyhu* y *Teapy* (1). Sin pretender decir cuál de estos nombres es el verdadero, haré notar solamente que el último nos fué transmitido por Oedidi, que comprendía su lenguaje mucho mejor que cualquiera de nosotros, aunque también de un modo imperfecto.

Por la narración del viaje de Roggewein, se deducía que este pueblo no tenía mejores embarcaciones que cuando los visitó por primera vez dicho explorador. La falta de materiales más bien que de ingenio parece ser la causa principal de que no hayan hecho grandes progresos en este arte. Se encontraron entre ellos algunas piezas de madera tallada, muy bien bosquejadas y ejecutadas. Sus plantaciones están cuidadosamente cercadas con cuerdas; pero no las rodean con cercas, pues nada tienen que les sirva para este propósito, a no ser las piedras.

No tengo duda alguna de que estas plantaciones son de propiedad particular, y que aquí, como en Taiti, todas pertenecen a los jefes (a quien llaman *Areekes*); pero tengo que confesar que ignoro cuanto se refiere al poder o autoridad de esos jefes o a la forma de gobierno de este pueblo. Tampoco estoy mejor informado respecto a su religión. Las estatuas gigantescas mencionadas con tanta frecuencia, no son, en mi opinión, consideradas como ídolos por los actuales habitantes,

(1) Se ha dicho en nota (pág. 49) que en indígena se llama *Rapa Nui*. *(Nota de la edición española.)*

aunque pudieron muy bien haberlos sólo por los días en que estuvieron aquí los holandeses; por lo menos, no vi nada que me indujera a pensar así. Vimos un esqueleto humano sobre una de las plataformas, cubierto con piedras. Algunas de estas plataformas de mampostería tienen treinta o cuarenta pies de longitud, de doce a quince de ancho y una altura de tres a doce pies, según la naturaleza del terreno sobre el que se construyen, pues generalmente están situadas en los bordes de la costa y frente al mar, de modo que esta fachada puede tener de diez a doce pies o más de altura, y la otra puede no ser más que de tres o cuatro. Están construídas, o más bien labradas, con piedras desbastadas de muy gran tamaño, y la mano de obra no es inferior a la del mejor trabajo de mampostería sencilla que pueda verse en Inglaterra. No emplean ninguna clase de cemento; pero las juntas están perfectamente ajustadas, y las piedras ensambladas, haciendo cuerpo unas con otras de muy ingeniosa manera. Los muros de los costados no son verticales, sino que se inclinan un poco hacia el interior, del mismo modo que los parapetos, etc., que se construyen en Europa; sin embargo, no ha sido suficiente todo su cuidado, trabajo y sagacidad para preservar estas curiosas obras de los estragos del tiempo, que todo lo destruye. (Véase la lámina IV del tomo II.)

Todas las estatuas, o por lo menos muchas de ellas, están erigidas sobre estas plataformas, que les sirven de cimiento y que, según pude observar, tienen en su mitad una especie de muesca, sobre el fondo de la cual reposan aquéllas. La mano de obra es tosca, pero no mala; tampoco están los rasgos del rostro mal formados, en particular la nariz y la barbilla; pero las orejas, en cambio, son extraordinariamente largas, y en cuanto al cuerpo, apenas si se puede apreciar que tenga forma humana.

Tuve ocasión de examinar solamente dos o tres de

estas estatuas, próximas al desembarcadero, y estaban formadas de una piedra gris que parecía ser de la misma clase que la empleada en la construcción de las plataformas. Pero algunos de los expedicionarios que anduvieron por la isla y examinaron muchas de ellas, opinaron que la piedra con que estaban hechas era diferente de todas las que encontraron en la isla, y que su aspecto era más bien el de una piedra artificial.

Apenas concebíamos cómo estos isleños, completamente ignorantes de la mecánica, podían levantar tan enormes figuras y colocar después sobre ellas las grandes piedras cilíndricas antes mencionadas. El único sistema que puedo concebir es el de elevar poco a poco el extremo en construcción, añadiendo piedra según se va levantando; al mismo tiempo se va amontonando piedra alrededor de él, hasta que está completamente erigido; de esta manera se forma una especie de monte o arrimadero, sobre el cual hacen rodar el cilindro hasta colocarlo sobre el extremo de la estatua, y hecho esto, pueden quitar con facilidad el material que rodea a la misma. En el caso de que la piedra sea artificial, pueden haber sido formadas las estatuas de una vez sobre el sitio que ocupan, colocando después el cilindro del mismo modo que se ha indicado antes. Pero ya se efectúe este trabajo de un modo o de otro, debe haber sido una faena larguísima y que demuestra ampliamente el ingenio y la perseverancia de los isleños en la época en que fueron construídas; en cuanto a los actuales habitantes, es lo más probable que no hayan puesto mano en ellas, pues ni siquiera reparan las fundaciones de las que amenazan ruina (1). Les dan diferentes nombres, tales como *Gotomoara, Marapate, Kanaro, Goway-tu-gu, Mattamatta*, etc., a los cuales algunas veces les ponían de prefijo la palabra *mai*, y otras el anexo *areekee*. El último significa

(1) Véase la nota de la página 55 del tomo I.

jefe, y el primero sepultura o sitio de dormir, según pudimos comprender.

Además de los monumentos antiguos, que eran muy numerosos y que no existían más que sobre la costa o cerca de ella, había muchos montones pequeños de piedras, apilados en diferentes sitios a lo largo de la costa; dos o tres de las piedras más altas de cada montón eran generalmente blancas, y quizá fuera así siempre si las pilas estuviesen completas. No debe dudarse que estos montones tienen alguna significación; probablemente indican el sitio donde hay alguien enterrado y substituyen a las grandes estatuas.

Las herramientas de trabajo de estas gentes son muy sencillas y están hechas de piedra, hueso o concha, como las de los otros isleños a quienes hemos visitado en este océano. Dan muy poco valor al hierro y a las herramientas de este metal, y es muy extraño, puesto que conocen su uso; tal vez la razón de esto sea que tienen muy pocas ocasiones para conseguirlo.

UN VIAJE HACIA EL POLO SUR Y ALREDEDOR DEL MUNDO

LIBRO IV

COMPRENDE DESDE NUESTRA PARTIDA DE NUEVA ZELANDIA HASTA EL REGRESO A INGLATERRA

CAPÍTULO PRIMERO

Travesía desde Nueva Zelandia a la Tierra del Fuego y ruta desde Cabo Deseado al Canal de Navidad. — Descripción de esta parte de la costa.

1774. — *10 de noviembre.*

El día 10, al amanecer, levamos anclas, y con viento suave al ONO. navegamos hacia la salida del estrecho, y después de bordear los Dos Hermanos enfilamos el Cabo Campbell, que está situado a la entrada suroeste del canal, con todas las velas desplegadas e impulsados por una brisa del N. A las cuatro de la tarde doblamos el cabo a la distancia de cuatro o cinco leguas, y entonces nos dirigimos al SSE. $^1/_4$ E., con el viento al NO. y tiempo nublado.

11 de noviembre.

A la siguiente mañana saltó el viento en redondo por el O. al S., y nos vimos obligados a inclinar nuestra ruta más al E. de lo que nos proponíamos. A las siete de la tarde aparecieron en dirección O. por S. las montañas nevadas, y el Cabo Palliser en el rumbo NO., a diez y seis o diez y siete leguas de distancia; por tercera vez tomé dicho cabo como punto de partida. Después de algunas horas de calma saltó la brisa al N., y navegamos hacia el S. por E. a toda vela, con el propósito de alcanzar la latitud de 54° ó 55°, pues tenía la intención de cruzar este vasto océano siguiendo es-

tos paralelos, para pasar por las partes que quedaron sin explorar el verano anterior.

12 de noviembre.

En la mañana del día 12 arreció el viento en suave temporal, y a mediodía observamos la latitud de 43° 13' 30" S. y longitud de 176° 41' E.; fué visto un descomunal cetáceo de la clase de las ballenas, al que algunos de a bordo tomaron por un monstruo marino. Yo no lo vi. Por la tarde hicieron su aparición nuestros antiguos compañeros los pintados y petreles.

13 de noviembre.

El día 13 por la mañana cambió el viento al OSO. A las siete, creyendo ver tierra en dirección SO., ceñimos el viento hacia allá, pero pronto vimos que era tan sólo un banco de bruma. Después enfilamos el SE. por S., y al poco rato vimos una foca. Al mediodía la latitud, según la estima, fué de 44° 25' y 177° 31' E. de longitud. Siguió el tiempo brumoso toda la tarde, y a las seis cambió el viento al NE. por N., convirtiéndose poco después en temporal fresco acompañado de espesa niebla; seguíamos el rumbo SE. $^1/_4$ S.

14 de noviembre.

El día 14 por la mañana vimos otra foca. A mediodía nos hallábamos en la latitud de 45° 54' y longitud de 179° 29' E.

15 de noviembre.

El día 15, a media noche, saltó el viento a Poniente y se disipó la niebla, pero el tiempo continuó nublado. A mediodía estábamos en la latitud de 47° 30' y longitud de 178° 19' O., pues habiendo pasado el meridiano de 180° E., cuento ahora la longitud al O. del primer meridiano, esto es, del que pasa por Greenwich. Por

la tarde oímos algunos pingüinos (1), y a la siguiente mañana vimos varios sargazos. A mediodía tuvimos suave temporal del O., con buen tiempo. Latitud observada, 49° 33'; longitud, 175° 31' O.

17 y 18 noviembre.

A la siguiente mañana se sostuvo el viento en temporal fresco, con brumas; vi una foca y varios sargazos. A mediodía, latitud, 51° 12'; longitud, 173° 17' O. El viento saltó al N. y NE. por N., soplando huracanado, desgarrando una vela vieja de juanete y obligándonos a doblar los rizos de las gavias; pero por la tarde amainó el viento, y, cambiando al ONO., soltamos un rizo de la vela; la declinación de la brújula era 9° 52' E.; habíamos alcanzado la latitud de 51° 47' y longitud de 172° 21' O. A la siguiente mañana observamos la latitud de 52° 25' y longitud de 170° 45' O. y 10° 26' E. de declinación. Hacia mediodía tuvimos tiempo moderado, aunque con nubes, y una gran marejada del O.; fueron vistos algunos pingüinos y algas marinas.

19 de noviembre.

El día 19 enfilamos el ESE., con temporal muy fresco al N. y tiempo malo y nublado. A mediodía registramos la latitud de 53° 43' y longitud de 166° 15' O.

20 de noviembre.

El día 20 navegamos hacia el E. por S., con brisa fresca al N., acompañada de mal tiempo y cerrazón. A mediodía, latitud, 54° 8'; longitud, 162° 18' O.

---

(1) Los *pingüinos, pájaros bobos* o *pájaros niños* pertenecen al género *Spheniscus*, del que se conocen unas veinte especies, exclusivamente confinadas en las regiones antárticas. No vuelan, y los pies, plantígrados, están adaptados para la posición erecta del cuerpo. *(Nota de la edición española.)*

21 de noviembre.

El día 21 sopló el viento principalmente del NE., con mal tiempo nublado y brumoso. Rumbo, SE. por S.; latitud a mediodía, 55° 31'; longitud, 160° 29'; fueron vistos numerosos petreles azules y algunos pingüinos.

22 de noviembre.

Fresco temporal al NO. por O. y N. por O., con niebla hasta cerca de mediodía del 22, en que el tiempo se despejó y reconocimos la latitud de 55° 48' S. y longitud de 156° 56' O. Por la tarde tuvimos algunas horas de calma y después volvió el viento al SSE. y S. 1/4 E. por S., con ligera brisa, con la cual enfilamos al E., algo inclinados al N. Por la noche apareció la aurora austral, pero muy débil.

23 de noviembre.

El día 23, en la latitud de 55° 46' S. y longitud de 156° 13' O., la declinación fué de 9° 42' E. Tuvimos calma desde las diez de la mañana hasta las seis de la tarde, en que saltó una brisa de Poniente; al principio sopló débilmente, pero después arreció; seguíamos el rumbo E. 1/4 N.

24 y 25 de noviembre.

El día 24 tuvimos el viento al NO. por O. y N. por O. A mediodía estábamos en la latitud de 55° 38' S. y longitud 153° 37' O.; la noche estuvo brumosa; pero al siguiente día se levantó un suave viento al NO., acompañado de buen tiempo y cielo despejado; rumbo enfilado, E. por N. Por la noche, hallándonos en la latitud de 55° 8' S. y longitud 148° 10' O., la variación de la brújula, según el resultado medio de dos aparatos, fué 6° 35' E.

26 y 27 de noviembre.

Habiéndose fijado el viento al NNO., enfilamos el E. durante los días 26 y 27, y al mediodía de este último alcanzamos la latitud de 55° 6' S. y longitud de 138° 56' O.

Entonces renuncié a todas mis esperanzas de encontrar otra tierra en este océano, y decidí navegar directamente hacia la entrada occidental del Estrecho de Magallanes, con el propósito de costear el borde meridional de la Tierra del Fuego, alrededor del Cabo de Hornos, hasta el Estrecho de Le Maire. Como el conocimiento que se tiene de esta costa es bastante imperfecto, pensé que sería más provechoso, tanto para la navegación como para la geografía, costear esta tierra que cualquier otra que pudiese hallar en más alta latitud. Por la tarde sopló viento huracanado, y se llevó el mástil del gran juanete. Un fuerte temporal del N., con tiempo nublado y lluvioso, nos obligó a doblar los rizos de las gavias mayor y delantera, a plegar la mesana y a abatir la verga del juanete pequeño. Por la mañana se rompió el cable de la gavia mayor y la vela se desgarró. He observado que los cables de nuestras velas, especialmente de las cuadradas, no tienen el tamaño y resistencia suficientes para soportar las lonas. A mediodía, latitud, 55° 20' S.; longitud, 134° 16' O.; una gran marejada del NO. y albatros y petreles azules a la vista.

29 y 30 de noviembre.

Al mediodía siguiente, el viento amainó; cargamos todos los rizos de las gavias, aparejamos otro mástil de juanete, y se volvieron a colocar las vergas. Después de mediodía, poco viento y tiempo brumoso, y a media noche, calma, que duró hasta el mediodía siguiente, en que saltó una brisa al E., con la cual forzamos velas hacia el N. Nos hallábamos entonces en la

latitud de 55° 32' S. y longitud de 128° 45' O.; vimos albatros y petreles. A las ocho de la noche cambió el viento al NE. y viramos, tomando la dirección ESE.

1 de diciembre.

El día 1 de diciembre tuvimos tiempo muy brumoso, con lluvia menuda y viento moderado, que a las tres de la tarde amainó hasta quedar en calma; nos hallábamos en la latitud de 55° 41' S. y longitud de 127° 5' O. Después de cuatro horas de calma aclaró la niebla, y, levantándose viento al SE., navegamos al NE.

Del 2 al 5 de diciembre.

Al siguiente día tuvimos viento fresco al SE. y espesa niebla, excepto algunas horas por la mañana; observamos que la declinación de la brújula era de 1° 28' E. Latitud, 55° 17'; longitud, 125° 41' O. Después aumentó la declinación, pues el día 4, por la mañana, hallándonos en la latitud de 53° 21' y longitud de 121° 31' O., resultó ser de 3° 16' E.; por la tarde, hallándonos en la latitud de 53° 13' y longitud de 119° 46' O., fué de 3° 28' E., y el día 5, a las seis de la tarde, en la latitud de 53° 8' y longitud de 115° 58' O., subió a 4° 1' E.

Más de veinticuatro horas tuvimos suave viento al S., y esto nos permitió enfilar el E. con muy poca derivación al N.; después cambió al SO., y, soplando una brisa firme, proseguimos nuestra marcha al E., un poco inclinados al S.

6 de diciembre.

El día 6 tuvimos algunos chubascos de nieve. Por la tarde, estando en la latitud de 53° 13' y longitud de 111° 12', la declinación fué de 4° 58' E., y a la siguiente mañana, hallándonos en la latitud de 58° 16' y longitud de 109° 33', resultó ser de 5° 1' E.

Del 7 al 9 de diciembre.

El viento se fijó al O., soplando en suave y agradable temporal, algunas veces con lluvia. Nada notable ocurrió hasta el 9 a mediodía, en que, habiendo alcanzado la latitud de 53° 37' y longitud de 103° 44' O., saltó el viento al NE. y después cambió insensiblemente en redondo por el E. al S. y SE., acompañado de tiempo nublado y brumoso y frecuentes chaparrones.

10 y 11 de diciembre.

El día 10, un poco antes de las doce, registramos la latitud de 54° y longitud de 102° 7' O.; pasamos un pequeño sargazo. Por la tarde el viento cambió al SO., soplando un suave temporal acompañado de fuerte nublado. Enfilamos el E. con medio rumbo al N., y al siguiente día, a las seis de la tarde, estando en la latitud de 53° 35' y longitud de 95° 52' O., la variación fué de 9° 58' E. Volaban sobre el navío muchas y variadas clases de albatros.

Del 12 al 16 de diciembre.

El día 12 varió el viento al ONO., y por la tarde al N., y, por último, vino la calma. Así continuamos hasta media noche, en que saltó la brisa al S., que poco después cambió también, y fijándose al O., hicimos vela al E. El día 14 por la mañana hallamos la declinación de 13° 25' E.; latitud, 53° 25'; longitud, 87° 53' O., y por la tarde, hallándonos en la misma latitud y en la longitud de 86° 2' O., resultó ser de 15° 3' E., y fué aumentando de tal modo, que el día 15, en la latitud de 53° 30' y longitud de 82° 23' O., subió a 17° E.; a la tarde siguiente, en la latitud de 53° 25' y longitud de 78° 40', fué de 17° 38' E. Por este tiempo vimos un pingüino y un sargazo, y a la siguiente mañana, una foca y algunos petreles buzos. Durante los tres últimos

días se mantuvo el viento firme al O., en temporal fresco, acompañado de vez en cuando de chubascos de agua y granizo.

17 de diciembre.

A las seis de la mañana del 17, hallándonos casi en la misma latitud últimamente mencionada y en la longitud de 77° 10' O., la declinación fué de 18° 33' E., y por la tarde, de 21° 38', habiendo alcanzado la latitud de 53° 16' S. y longitud de 75° 9' O. Por la mañana y por la tarde hice varias observaciones para determinar por medio del reloj la longitud, y el resultado, reducido a mediodía, dió 76° 18' 30' O. Al mismo tiempo, la longitud, según mi reconocimiento, fué de 76° 17' O.; mas creo con fundamento que nos hallábamos medio grado más al O. que lo indicado por los rumbos anteriores; nuestra latitud al mismo tiempo fué de 53° 21' S.

Durante todo este día nos dirigimos al E. por N. y EN., con todas las velas que pudimos desplegar, impulsados por viento suave al NO. por O., con la esperanza de ver tierra antes de obscurecer; pero no habiéndola visto hasta las diez de la noche, plegamos las arrastraderas y los juanetes y tomamos un rizo en cada gavia, enfilando después el ENE. a fin de encontrar con seguridad el Cabo Deseado (1).

Dos horas más tarde vimos extenderse la tierra desde el NE. por N. al E. por S., a unas seis leguas de distancia. Hecho este descubrimiento, viramos y permanecimos a la capa con la proa del navío hacia el S.; habiendo sondado, encontramos fondo de piedra y conchas a setenta y cinco brazas de agua. La tierra que entonces se mostraba a nuestro frente no podía ser otra que la costa occidental de la Tierra del Fuego y cerca de la entrada oeste del Estrecho de Magallanes.

---

(1) Es el llamado también Cabo Pilares. *(Nota de la edición española.)*

Como éste era el primer derrotero que se hacía directamente a través de este mar, en una alta latitud meridional, he anotado con algún detalle todas las circunstancias que me han parecido de alguna importancia. Después de todo, debo observar que nunca he hecho una travesía tan larga, ni aun mucho más corta, en la que ocurrieran incidentes de tan poco interés, pues, exceptuando la declinación de la brújula, nada hay digno de mención. El tiempo no estuvo ni muy tormentoso ni frío. Antes de llegar a la latitud de 50°, el mercurio bajó gradualmente en el termómetro desde 60° a 50°, y después de haber llegado a la latitud de 55° se mantuvo generalmente entre 47° y 45°; sólo una o dos veces bajó a 43°. Todas estas observaciones se hicieron a mediodía.

Terminado mi viaje por el Océano Pacífico del Sur, tengo la satisfacción de que nadie pensará que lo he dejado inexplorado, y creo que, en lo que respecta al fin propuesto, nadie podría haber hecho más de lo que yo hice en este viaje.

Poco después de nuestra partida de Nueva Zelandia, Mr. Wales inventó e instaló un aparato con el cual medía con bastante exactitud el ángulo de cabeceo del navío cuando se navega a toda vela en mar gruesa y cuando permanece al pairo. El mayor ángulo que observó fué de 38°. Esto fué el día 6 del mes actual, en que el mar no estaba excesivamente fuerte; de modo que, en realidad, no sabemos cuál ha sido el mayor ángulo, que seguramente ha alcanzado mucha más amplitud. El ángulo máximo observado cuando navegábamos sobre el viento fué de 18°, y entonces llevábamos rizadas las gavias y las mayores.

18 de diciembre.

El día 18, a las tres de la mañana, sondamos otra vez, y hallamos ciento diez brazas, con el mismo fondo que antes. Hicimos vela con viento fresco al NO., y

enfilamos el SE. por E. a lo largo de la costa. Esta se extendía desde Cabo Deseado, en el rumbo N. 7° E., hasta el ESE.; a cuatro leguas se hallaba una isla escabrosa y bastante alta, situada a cerca de una legua de la principal y a seis leguas en dirección S. 18° E. de Cabo Deseado. Se dió a esta isla el nombre de Recalada, y se hallaba en el rumbo N. 49° E. A las cuatro estábamos al norte y sur de la tierra elevada que forma el Cabo Deseado y a nueve leguas de distancia; así es que no pudimos ver ninguna de las rocas bajas que, según dicen, hay cerca de ella. La latitud de este cabo es de 1° 53' S., con 74° 40' de longitud O.

Seguí bordeando la costa a unas dos leguas de distancia, y a las once pasamos una avanzada punta, que denominé Cabo Gloucester. Presenta una superficie redondeada de considerable altura, y su aspecto es el de una isla. Yace en dirección SSE. $^1/_4$ E. y a diez y siete leguas de la Isla Recalada. La costa comprendida entre estas dos tierras forma dos bahías pobladas de islotes rocosos, escollos y rompientes. La costa se presenta muy quebrada, con numerosas entradas, y más bien parece hallarse compuesta de un cierto número de islas. El terreno es muy montuoso, abundante en rocas, de aspecto estéril, y en varios sitios se perciben grupos de árboles y manchones de nieve. Al mediodía el Cabo Gloucester marcaba el rumbo N., a ocho leguas, y la punta más avanzada al SE., la cual juzgamos sería Cabo Negro, quedaba al SE. por S. y distante siete u ocho leguas. Latitud observada, 54° 13' S; longitud, a contar del Cabo Deseado, 54'. Desde Cabo Gloucester, cerca del cual hay una pequeña isla rocosa, la dirección de la costa es aproximadamente SE.; pero Cabo Negro, hacia el cual me dirigí, está en el rumbo SSE. y a unas diez leguas de distancia.

A las tres pasamos Cabo Negro, que es una escarpada roca de considerable altura, y poco después una gran isla, que parecía estar separada de la tierra prin-

cipal a legua o legua y media. La tierra del cabo, cuando la veíamos desde lejos, presentaba el aspecto de una isla separada de la otra; pero al acercarnos vimos que estaban unidas por una faja de tierra baja. En la punta del cabo hay dos rocas, una de ellas tiene la forma de un pilón de azúcar, y la otra, que no es tan alta, tiene una superficie redondeada; dos leguas del cabo, y en dirección S. por E., se ven otros dos islotes rocosos. Este cabo está situado en la latitud de 54° 30' S. y longitud de 73° 33' O.

Después de pasar los dos islotes enfilamos al ESE., cruzando la gran Bahía de Santa Bárbara. Apenas si pudimos distinguir la tierra en su fondo, pues se hallaba a siete u ocho leguas de nosotros. Hay un espacio en dirección ENE. del Cabo Negro, en el que no se divisa tierra; puede que éste sea el Canal de Santa Bárbara, que, según menciona Frezier, desemboca en el Estrecho de Magallanes. Vimos que el cabo concordaba bastante bien con la descripción hecha por aquél, lo que demuestra que se apoyó en buenas memorias para fijar la posición del canal. A las diez de la noche, navegando cerca de la punta sureste de la bahía, que está orientada según el rumbo S. 60° E. y a diez y ocho leguas de distancia de Cabo Negro, acortamos velas y pasamos la noche barloventeando.

19 de diciembre.

A las dos de la mañana del 19, después de hacer vela, tomamos el rumbo SE. por E. a lo largo de la costa, y poco después pasamos el punto sureste de la Bahía de Santa Bárbara, al cual denominé Cabo Desolación porque cerca de él empieza la comarca más desolada y estéril que he visto. Está situado este cabo en la latitud de 54° 55' S. y longitud de 72° 12' O. Unas cuatro leguas al E. hay un golfo profundo, a cuya entrada existe una isla bastante grande y algunas otras de menor importancia. Próximamente en esta situación

fijan algunas cartas un canal que conduce al Estrecho de Magallanes, y que titulan Estrecho de Jelouzel. A las diez, hallándonos a legua y media de tierra, sondamos, encontrando a sesenta brazas un fondo de piedras y conchas.

El viento, que había soplado fresco al S. por O., comenzó a amainar, y al mediodía se hizo la calma, observando entonces la latitud de 55° 20' S. y longitud de 3° 24', a contar de Cabo Deseado. En este momento nos hallábamos a unas tres leguas de la costa más próxima, que pertenecía a una isla a la que denominé Isla Gilbert, en honor a mi contramaestre. Tiene casi la misma altura que el resto de la costa, y presenta una superficie compuesta de varias rocas picudas de distinta elevación. Un poco al sureste de ella hay algunos islotes pequeños y varias escolleras.

Ya he dicho antes que ésta es la costa más desolada que he visto. Parece enteramente compuesta de montañas y rocas desprovistas de vegetación. Estas montañas están limitadas por horribles precipicios, y sus escarpados vértices se elevan a una altura considerable; apenas se encuentra nada en la Naturaleza que presente un aspecto más árido y salvaje. Las montañas interiores están cubiertas de nieve, pero las de la costa, no. Juzgamos que las primeras pertenecerían a la Tierra del Fuego y que las segundas serían islas cuya apariencia era la de una costa.

Después de tres horas de calma saltó la brisa al SE. por E., y luego de hacer una corta bordada al S. pusimos proa hacia tierra, cuya punta más avanzada que teníamos a la vista se hallaba en el rumbo E., a diez leguas de nosotros. Esta consiste en un elevado promontorio en dirección ESE., a diez y nueve leguas de la Isla Gilbert y situado en la latitud de 55° 26' S. y longitud de 70° 25' O. Desde el sitio en que estábamos parecía terminar en dos altas torres, y entre éstas se veía una loma de la forma de un pilón de azúcar; por

esto di a esta roca el nombre de Catedral de York. Dos leguas al oeste de este cabo se percibía un gran golfo, cuya punta occidental pasamos a las nueve; entonces viramos en cuarenta y una brazas de agua a media legua de la costa; a poniente de este golfo había otro, con varias islas a su entrada.

20 de diciembre.

Durante la noche del 19 al 20 tuvimos viento débil de Levante, que por la mañana saltó al NE. y NNE., pero fué tan flojo que no pudimos utilizarle; a las diez vino la calma, y entonces observamos que el barco derivaba hacia el mar; lo mismo había ocurrido el día antes. Este efecto debió de ser producido por una corriente; además, la nieve que había en las montañas se liquidaba cada vez más de prisa, y por las gargantas de la costa caían torrentes de agua. A mediodía registramos la latitud de 55° 39' 30" S.; la Catedral de York quedaba al N. 15° E., a cinco leguas, y el Monte Redondo, que apenas se mostraba sobre el horizonte, y al cual pensamos que pertenecerían las Islas de San Ildefonso, E. 25° E., distante de diez a once leguas. A las diez, habiéndose levantado una brisa al E. por S., aproveché la ocasión para dirigirme hacia tierra, pues tenía el deseo de entrar en uno de los muchos puertos, que parecían abiertos para recibirnos, con objeto de explorar el país y completar nuestra provisión de leña y agua.

Al navegar hacia una escotadura del terreno, que aparecía sobre el lado oriental de la Catedral de York, observamos un fondo de cuarenta, treinta y siete, cincuenta y sesenta brazas de agua, formado de piedras pequeñas y conchas. Cuando efectuamos los últimos sondeos, nos hallábamos, aproximadamente, en el punto medio de la distancia que separa las dos puntas de tierra que forman la entrada del golfo, el cual, según observamos, se bifurcaba en dos brazos

de mar, los dos en dirección N. y separados por una elevada roca. Navegamos hacia el brazo oriental por hallarse libre de islotes, y después pasamos cerca de uno de éstos, formado por una roca negra y que está situado cerca de la punta de tierra antes mencionada. Echamos la sonda, y no logramos hallar fondo con un cable de ciento sesenta brazas. Esto no lo esperábamos de ninguna manera, y no le hubiéramos dado importancia si la brisa hubiese continuado; pero al mismo tiempo vino la calma, y vimos que no estaba en nuestras manos el medio de salir de esta desagradable situación. Mandé lanzar al agua dos botes, y los envié a proa para que nos remolcaran; pero poco habríamos avanzado a no haber sido por la brisa que se levantó por fin al SO., hacia las ocho, y gracias a la cual podía, o bien dirigirme al mar, o hacia el interior del golfo. La prudencia parecía aconsejar lo primero; pero el deseo de encontrar un buen puerto y de conocer el país influyó más en mi ánimo que las demás consideraciones; decidí, pues, seguir hacia tierra, y como se aproximaba la noche, nuestra seguridad dependía de encontrar un buen anclaje; con este fin continuamos marchando, sin tocar fondo.

Pasando cerca de la costa oriental de la tierra que divide los dos brazos, y advirtiendo a proa una pequeña ensenada, mandé un bote para que sondara, y conservé el barco tan aproximado a la orilla como lo permitían las corrientes que venían de tierra, con objeto de poder alcanzar rápidamente el lugar en que hubiese un buen fondeadero. Pronto regresó el bote, informándonos que a un cable de longitud de la costa había veinticinco y treinta brazas de agua. En ese sitio anclamos, en treinta brazas, con un fondo de arena y restos de conchas; mandé llevar a la costa un ancla y un calabrote, para asegurar el navío, y nos preparamos a pasar la noche.

CAPÍTULO II

Exploraciones en el Canal de Navidad, con algunas explicaciones sobre el país y sus habitantes.

1774.— *21 de diciembre.*

La mañana del 21 fué tranquila y agradable. Después de almorzar me fuí con dos botes en busca de un fondeadero más seguro. Apenas dimos la vuelta a la punta próxima al navío, hallamos una ensenada, en la que había fondo a quince, veinte y treinta brazas, compuesto de piedras y arena. Al fin de la ensenada se veía una playa pedregosa, y luego un valle cubierto de árboles, con una corriente de agua dulce, de modo que en tal sitio existía en abundancia todo lo que podíamos desear y algo más, pues de cuatro gansos que vimos cazamos tres, y atrapamos algunos pollos, que poco después dejamos en libertad.

Inmediatamente de descubrir y sondar esta ensenada envié al teniente Clerke, que mandaba el otro bote, a bordo, con orden de trasladar el navío a este sitio mientras yo continuaba explorando el golfo. En seguida vi que la tierra cerca de la cual estábamos, y que, como he mencionado antes, separa los dos brazos, era una isla, al norte de la cual se unen los dos canales. Después de esto fuí inmediatamente a bordo, donde encontré todo dispuesto para levar anclas, hecho lo cual, fueron los botes a proa para remolcar el navío alrededor de la punta. Pero en aquel momento vino del mar una ligera brisa, lo bastante intensa para hinchar nuestras velas; así es que nos vimos obligados a

echar el ancla otra vez, por miedo de caer contra las rocas, e hice llevar un ancla costera a barlovento. Hecho esto, levamos el ancla, fuimos remolcados y retiramos el ancla costera, pasando después alrededor de la punta con las velas de estay; más tarde fondeamos con el primer anclote en veinte brazas, y se amarró el barco con el segundo, colocado al N., en trece brazas. En esta posición nos hallábamos al abrigo del mar por la punta mencionada antes, y que está en línea con la extremidad oriental de la entrada. Algunos islotes que rodeaban la punta próxima a nosotros nos defendían del noroeste, de cuyo cuadrante venía el viento más fuerte; nuestra distancia a la orilla era de un tercio de milla; así situados, nos pusimos a la obra, despejando un lugar para hacer la aguada, cortar madera y levantar una tienda para albergar la guardia, lo que creí necesario, pues, como ya habíamos visto, este país, a pesar de ser estéril, no se hallaba deshabitado, aunque todavía no hubiéramos visto a nadie. Míster Wales llevó también su observatorio y aparatos a la orilla; pero le costó mucho trabajo encontrar un sitio bastante estable y alejado de las montañas que nos rodeaban por todas partes; finalmente, tuvo que contentarse con el vértice de una roca que no tenía más de nueve pies de superficie.

22 de diciembre.

Al día siguiente envié a los tenientes Clerke y Pickersgill, acompañados por otros oficiales, para examinar y dibujar un esquema del canal y del otro lado de la isla, y yo, en otro bote, me fuí, acompañado de los naturalistas, a explorar la parte septentrional del estrecho. En el camino desembarqué sobre el extremo de una isla baja cubierta de hierba, que en parte había sido quemada últimamente; vimos además una choza, señales evidentes de que había gente en las cercanías.

Después de haber tomado los rumbos necesarios proseguimos, rodeando el extremo este de la Isla Quemada, hacia el lugar que suponíamos sería la verdadera Tierra del Fuego, encontrando un hermoso puerto rodeado de escarpadas rocas de gran altura, desde las cuales caían corrientes de agua cristalina; al pie de las rocas crecían grupos de árboles solamente útiles para combustible.

Este puerto, que distinguiré con el nombre de Golfo del Diablo, está dividido en dos partes, una interior y otra exterior, y la comunicación entre ambas se establece por un estrecho canal de cinco brazas de profundidad. En la parte exterior encontré trece y diez y siete brazas, y en la interior, diez y siete y veintitrés. Este último es el sitio más seguro que se puede encontrar, pero sumamente sombrio. La enorme altura de las agrestes rocas que le rodean le priva durante la mayor parte del día de los rayos del Sol. El puerto exterior no está enteramente libre de este inconveniente, aunque en mucha menor proporción que el otro; por otra parte, es bastante más cómodo e igualmente seguro. Está situado al N. y a una milla y media de distancia del extremo este de la Isla Quemada. También hallé un buen fondeadero un poco al oeste de este puerto, enfrente de una corriente de agua que procede de un lago o gran depósito constantemente alimentado por una cascada.

Dejando este sitio, seguimos remando a lo largo de la costa, hacia occidente, hallando otros puertos, que no tuve tiempo de examinar. En todos ellos hay agua dulce y madera para leña; pero, con excepción de estos pequeños grupos de arbustos, todo el país no es más que una roca desnuda, condenada por la Naturaleza a una esterilidad perpetua. Las islas bajas, y algunas de las altas que aparecen diseminadas a lo largo del estrecho, están en su mayor parte cubiertas de arbustos y hierbas, y el suelo está formado de una turba negra,

que ha sido evidentemente formada, al cabo del tiempo, por vegetales en descomposición. Tuve ocasión de comprobar lo que ya había observado en el mar; esto es, que la orilla está compuesta de un cierto número de islas grandes y pequeñas, y que las numerosas entradas de la costa están formadas por la unión de varios canales; al menos así ocurre aquí. Sobre una de estas islas bajas hallamos varias chozas que habían estado habitadas poco tiempo antes, y cerca de ellas se veía una gran cantidad de apio, que nos llevamos a nuestros botes; regresamos a bordo a las siete de la tarde. En esta expedición encontramos poca caza: un pato, tres o cuatro cuervos y otras tantas urracas de mar fué todo lo que pudimos cazar. El otro bote había vuelto a bordo algunas horas antes, habiendo hallado dos puertos sobre la orilla oeste del otro canal, uno grande y otro pequeño, y ambos cómodos y seguros, aunque, por el croquis de Mr. Pickersgill, el acceso de los dos parecía algo difícil.

Tuve noticia entonces de un triste accidente ocurrido a uno de nuestros marinos. Nadie le había visto desde las once a las doce de la noche anterior, y se supuso que se habría caído desde la cubierta al mar por la parte de proa, que fué donde le vieron por última vez, y que había perecido ahogado.

23 de diciembre.

Como el día 23 hizo un tiempo hermoso, envié al teniente Pickersgill, en la escampavía, a explorar la orilla oriental del estrecho, y yo me fuí en la pinaza hacia la parte occidental, con el propósito de doblar la isla próxima a nuestro fondeadero (que he denominado Isla del Cuervo) y ver el paso que conduce a los puertos que Mr. Pickersgill había descubierto el día antes. Hice las siguientes observaciones, que serán de utilidad a los navegantes. Viniendo del mar, hay que dejar a estribor todas las rocas e islas que rodean a la

Catedral de York (1), y a estribor la roca negra que se halla delante de la extremidad sur de la Isla del Cuervo; una vez enfilado el extremo sur de esta isla, se gobierna hacia la orilla oeste, teniendo cuidado de evitar los lechos de algas que se ven delante, y que crecen en todas las rocas; he encontrado algunos bancos de algas a doce brazas bajo el nivel del agua, y es lo más prudente alejarse de ellos. La entrada al puerto grande, o Puerto Clerke, está precisamente al norte de algunas rocas bajas que dan frente a una punta de la Isla del Cuervo; esta bahía mide en dirección O. por S. una longitud de milla y media, y la profundidad del agua varía desde doce a veinticuatro brazas; hay leña y agua dulce en ella. A una milla hacia fuera, o al sur de Puerto Clerke, existe, o parece existir, otra bahía, que no pude examinar. Está cerrada por una gran isla, que la defiende de los vientos del S. y del E. Fuera de esta isla, esto es, entre ella y la Catedral de York, parece sembrado el mar de islotes, rocas y rompientes. Al dar la vuelta al extremo sur de la Isla del Cuervo observamos una infinidad de estos pájaros guarecidos entre las grietas de las rocas. Pudimos cazar algunos de los grandes, pero no logramos apoderarnos de ninguno de los jóvenes, cuya carne es muchísimo mejor. Vimos algunos gansos sobre el borde este de la isla, y, después de desembarcar, con dificultad matamos tres, que en estos momentos fueron para nosotros una valiosa adquisición.

Cerca de las siete llegamos a bordo, donde encontramos a Mr. Pickersgill, que había llegado momentos antes. Me informó de que la tierra opuesta a nosotros era una isla, a la que había dado la vuelta; que en otra,

(1) En inglés, York Minster. Tal fué el nombre puesto por el capitán Fitz Roy a un fueguino que llevó a Inglaterra. Véase DARWIN (C.), *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*, tomo I, capítulo X, de la colección de *Viajes clásicos* editada por CALPE. *(Nota de la edición española.)*

situada más al N., encontró muchos huevos de golondrinas de mar, y que fuera de la isla grande, esto es, entre su costa y el Cabo Este, existe una ensenada, en la que vió numerosos gansos, cazando uno de ellos, además de algunos pollos.

24 de diciembre.

Estos informes de Mr. Pickersgill me indujeron a organizar dos partidas de caza al siguiente día; Mr. Pickersgill y sus compañeros irían en la escampavía, y los naturalistas vendrían conmigo en la pinaza. Míster Pickersgill fué por la costa nordeste de la gran isla antes mencionada, a la que se dió el nombre de Isla de los Gansos, y yo me dirigí hacia la orilla suroeste. Tan pronto como llegamos cerca de la isla, vimos una infinidad de cuervos sobre los arrecifes; pero, sin detenernos a cazar estos pájaros, seguimos adelante, y poco después encontramos abundante caza. Como había una gran resaca, desembarcamos con bastante dificultad y nos costó gran trabajo trepar por las rocas una vez en tierra; esto fué causa de que se nos escaparan cientos de gansos: unos que huyeron al mar y otros internándose en la isla. No obstante, cobramos sesenta y dos, con los cuales volvimos a bordo, muy fatigados de la excursión; pero la adquisición que habíamos hecho neutralizaba el cansancio, y con gran apetito nos sentamos a comer parte de lo que el día anterior habíamos cazado. Míster Pickersgill y sus compañeros habían regresado a bordo algún tiempo antes que nosotros, trayendo catorce gansos; de esta manera pude distribuír de ellos a toda la tripulación, que se mostró mucho más contenta por la festividad del día. Ciertamente que, si la Providencia no hubiese mirado por nosotros de un modo tan singular, nuestra Pascua de Navidad habría sido carne de vaca y de cerdo saladas.

Entonces supe que cierto número de indígenas, en nueve canoas, se habían acercado al barco, subiendo

algunos a bordo. No fué necesario instarles mucho para que lo hicieran, pues parecían familiarizados con los europeos y muchos de ellos usaban cuchillos. (Véase la lámina V del tomo III.)

25 de diciembre.

A la mañana siguiente volvieron a visitarnos los indígenas. Vi que eran de la misma raza que en otro tiempo encontré en la Bahía del Buen Suceso, y que M. de Bougainville distingue con el nombre de pecherais (1), palabra que estos indios tienen siempre en los labios. Son pequeños, feos, mal formados y sin barba; no vi entre ellos ninguno alto. Van casi desnudos, y se cubren tan sólo con una piel de foca; algunos cosen dos o tres de éstas juntas, y forman así una especie de capa que les llega a la rodilla; pero la mayor parte tienen solamente una piel, apenas suficiente para cubrir sus hombros, y las partes inferiores del cuerpo las llevan al descubierto. Según nos dijeron, las mujeres usan una especie de falda de piel de foca, que les cubre lo indispensable; el resto del cuerpo lo visten igual que los hombres. Las mujeres y los niños permanecen en las canoas. Vi dos niños de pecho completamente desnudos; así los acostumbran desde su infancia al frío y a las penalidades. Llevan consigo arcos y flechas y dardos, o más bien arpones, de hueso, que colocan al extremo de un palo. Supongo que les sirven para matar focas y peces, y puede ser que también maten ballenas, como los esquimales. No sé si, al igual de esta raza, tienen predilección por el aceite de ballena; lo cierto es que ellos y todo lo que poseen huele de un modo insoportable. Hice que les dieran galleta; pero, según vi, no les gustaba tanto como me habían dicho; se pu-

(1) Véase BOUGAINVILLE, *Viaje alrededor del mundo*, tomo II, de la colección de *Viajes clásicos* editada por CALPE. *(Nota de la edición española.)*

sieron mucho más contentos cuando les di medallas, cuchillos, etc.

Las mujeres y los niños, como ya he observado antes, se quedaban en sus canoas. Estas las construyen de cortezas de árboles, y en cada una mantienen un fuego, alrededor del cual se apiñaban estas pobres criaturas. No creo que llevaran fuego en la canoa solamente con este objeto, sino más bien para tener siempre a su alcance lumbre cuando van a tierra, cualquiera que sea el sitio en que desembarquen; seguramente, no hallarán siempre combustible seco que arda con una chispa, cualquiera que sea el método que utilicen para producirla. Llevan también en sus canoas grandes pieles de foca, que probablemente les servirán para abrigarse cuando se hallan en el mar y para cubrir sus chozas cuando están en tierra; algunas veces las usan como velas.

Todos se retiraron antes de comer, y no quisieron esperar a compartir nuestro festín de Navidad. Realmente, creo que no fueron invitados por nadie, y con razón, pues tanto su suciedad como el mal olor que exhalan era lo bastante para quitar el apetito a cualquier europeo; hubiera sido, además, una lástima no haber aprovechado nosotros solos los alimentos frescos que durante tanto tiempo nos faltaran. Se sirvieron, pues, gansos asados y cocidos y pastel de este ave, que era un plato poco disfrutado por nosotros; teníamos todavía algunas botellas de vino de Madera, que fué el único artículo de nuestra despensa que mejoró con el tiempo. Probablemente, nuestros amigos de Inglaterra no habrían celebrado la Navidad con más alegría que nosotros.

26 de diciembre.

El día 26, poco viento, casi calma; hermoso tiempo, excepto por la mañana, que cayeron algunos chaparrones. Por la tarde, que hacía bastante frío, nos hicieron

los indígenas otra visita, y compadecido al verlos desnudos sobre cubierta, tiritando, no pude menos de darles algunos pedazos de bayeta y de lienzo para que se cubrieran.

27 de diciembre.

Habiendo ya completado nuestra provisión de agua, ordené el día 27 llevar a bordo la leña, la tienda y el observatorio, y como esto era trabajo para todo el día, fuimos unos cuantos a cazar gansos, pues el tiempo estaba muy agradable. Nos dirigimos alrededor de la costa sur de la Isla de los Gansos, y conseguimos entre todos treinta y uno. En la orilla este de la isla, al norte de la punta oriental, hay un buen fondeadero con diez y siete brazas de agua, donde se está cercado completamente por tierra. Este es un buen sitio para que anclen los navíos que se dirijan al O. Sobre el borde norte de esta isla observé tres hermosas ensenadas, en las cuales había leña y agua; pero como se acercaba la noche, no tuve tiempo de echar la sonda, aunque no tengo duda de que se puede fondear. El camino para llegar a ellas es por el extremo oeste de la isla.

Cuando regresé a bordo encontré recogido en el barco todo lo de la costa y la chalupa; así es que sólo esperábamos que se levantase viento para hacernos a la mar. La fiesta que celebramos en este lugar me sugirió la idea de ponerle el nombre de Estrecho de Navidad. La entrada, que tiene tres leguas de ancho, está situada en la latitud de 55° 27' S. y longitud de 70° 16' O., y en la dirección N. 37° O. de las Islas de San Ildefonso, que se hallan a diez leguas. Estas islas son la mejor señal para encontrar el estrecho. La Catedral de York, que es la única tierra notable que se percibe, difícilmente podrá reconocerla un extraño, cualquiera que sea la descripción que pueda yo dar de ella, porque cambia su aspecto según los diferentes

puntos de vista. Además de la roca negra situada enfrente del extremo de la Isla del Cuervo, hay otra próximamente a la mitad de camino entre ésta y la costa este. No es necesaria una descripción minuciosa de este estrecho, pues muy pocos obtendrían provecho con ello. En todas las ensenadas y puertos hay fondeadero, leña y agua dulce. No aconsejaría a nadie anclar muy cerca de la costa, esperando así encontrar una profundidad moderada de agua, pues siempre he hallado un fondo de rocas.

Los víveres que se pueden encontrar aquí son escasos; consisten principalmente en aves silvestres, y aun éstas es lo más probable que no se encuentren en cantidad suficiente para abastecer la tripulación de un barco; la pesca, según pudimos apreciar, es escasa, aunque, en verdad, la abundancia de volátiles hizo que pusiésemos escasa atención en aquélla. Hay, no obstante, moluscos en abundancia, no muy grandes, pero de muy buen sabor; encontramos también muy buenas plantas de apio en varios islotes bajos y donde los indígenas tienen sus viviendas. Las aves son gansos, pavos, urracas de mar, cuervos y la especie de golondrina que con tanta frecuencia hemos citado en este diario con el nombre de gallina de Port Egmont (1). También hay aquí una especie de pato que nuestra gente llama *caballo de carrera*, a causa de la gran ligereza con que corre sobre el agua, pues no puede volar porque las alas son demasiado cortas para soportar en el aire el peso de su cuerpo. Este pájaro existe también en las Islas Falkland, según figura en el diario de Pernety. También abundan los gansos allí y están muy bien descriptos con el nombre de avutardas. Son mucho más pequeños que los gansos domésticos de Inglaterra; pero son tan exquisitos como cualquier otro de los que he probado. Tienen el pico corto y negro

(1) Véase la nota de la página 76 del tomo I.

y amarillas las patas; el macho es todo blanco; la hembra está manchada de negro y blanco o gris, con un lunar blanco en cada ala. Además del pájaro antes mencionado hay varias aves acuáticas y algunas de tierra; pero muy pocas de estas últimas.

A juzgar por el conocimiento que los habitantes parecen tener de los europeos, se debe suponer que aquéllos no viven aquí continuamente, sino que se retiran al N. durante el invierno. Muchas veces me he admirado de que esta gente no se vista mejor, toda vez que la Naturaleza los ha provisto de los materiales necesarios. Podrían adornar sus mantos de piel de foca con la piel y las plumas de las aves acuáticas; podrían también hacer sus vestidos más anchos y emplear esta misma piel para otras clases de prendas, pues supongo que disponen con abundancia de este artículo. Siempre se hallaban dispuestos a entregar a nuestra gente las pieles que tenían, y es indudable que esto no lo hicieran si no hubiesen sabido el medio de reemplazarlas. En una palabra, de todas las tribus que he visto, los más miserables son los pecharas (1). Están condenados a vivir en uno de los climas más inhospitalarios del mundo, y carecen de la sagacidad suficiente para crearse aquellas comodidades y aun para satisfacer ciertas necesidades que les procurarían una vida más agradable.

Aunque este país sea estéril, presenta una gran variedad de plantas desconocidas y dió bastante trabajo a Mr. Forster y a sus compañeros. El árbol que produce la corteza de Winter (2) se encuentra en los bosques, así como el agracejo de hojas como las del acebo, y

---

(1) Cook llama *pecharas* a los que Bougainville llamó *pecherais*.

(2) Así llaman los ingleses al arbolito *Drimys Winteri*, de la familia de las magnoliáceas, porque lo halló en 1579 el capitán John Winter, en el Estrecho de Magallanes, aunque es árbol que llega hasta Chile y sur de Méjico. *(Nota de la edición española.)*

otras especies que no conozco, pero que creo son comunes en el Estrecho de Magallanes. También vimos en abundancia bayas, a las cuales hemos llamado moras, porque tienen el mismo color, forma y tamaño. Este fruto lo produce un arbusto; tiene sabor amargo, bastante insípido, mas puede comerse crudo o en tartas, y lo usan los indígenas como alimento.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

CAPÍTULO III

Ruta desde el Canal de Navidad, bordeando el Cabo de Hornos, a través del Estrecho de Le Maire y alrededor de la Tierra de los Estados. — Descubrimiento de un puerto sobre esta isla y descripción de la costa.

1774. — *28 de diciembre.*

El día 28, a las cuatro de la mañana, comenzamos a desamarrar, y a las ocho levamos anclas y nos dirigimos hacia el mar, con una ligera brisa al NO., que más tarde arreció y fué acompañada de lluvia. A mediodía la punta este del canal (Punta Natividad) quedaba al NO., a legua y media de distancia, y las Islas de San Ildefonso, al SE. S. y a siete leguas. La costa parecía extenderse en la dirección E. por S.; pero no pudimos distinguir ningún detalle, pues el tiempo estaba muy brumoso.

Continué gobernando al SE. por E. y ESE., con fresco viento al ONO., hasta las cuatro de la tarde, en que ceñí el viento al S. con objeto de examinar de cerca las Islas de San Ildefonso. Habíamos llegado a dicha hora enfrente de un golfo que está al ESE. y a unas siete leguas del canal; pero debo hacer observar que hay algunas islas fuera de esta dirección. Junto a la punta occidental del golfo hay dos colinas altas y picudas, y bajo ellas, hacia el E., dos lomas redondas o islas, situadas en la dirección NE. y SO. una de otra. Una isla, o una tierra que parece ser una isla, yace a la entrada, y otro golfo más pequeño aparece al oeste de aquél; la costa se presenta dentada y cuajada de escollos, como de ordinario.

A las cinco y media el tiempo aclaró, con lo que pudimos percibir distintamente las Islas de San Ildefonso. Forman un grupo y están rodeadas de rocas que asoman sobre el agua, a unas seis leguas de la tierra principal, en la latitud de 55° 53' S. y longitud de 69° 41' O.

Volvimos a tomar nuestro rumbo al E., y la tierra más avanzada, al ponerse el Sol, señalaba el rumbo SE. por EE., y una punta de tierra, que juzgué sería la punta occidental de la Bahía de Nassau, descubierta por la flota holandesa, bajo el mando del almirante Hermite, en 1624, quedaba al N. 80° E. y distante seis leguas. En algunas cartas esta punta es designada *el falso* Cabo de Hornos, por ser la punta meridional de la Tierra del Fuego. Está situada en la latitud de 55° 39' S. Desde el golfo antes mencionado a este falso cabo, la dirección de la costa es aproximadamente E. medio punto S. y distante catorce o quince leguas.

A las diez, después de acortar vela, pasamos la noche haciendo cortas bordadas bajo las gavias, y a las tres de la siguiente mañana aumentamos nuevamente las velas y gobernamos hacia el SE. por S., con brisa fresca al OSO. y con tiempo algo nublado. Por entonces la entrada oeste de la Bahía de Nassau se extendía del N. por O. al NEE., y la costa sur de las Islas de Hermite, E. por S. A las cuatro, el Cabo de Hornos, hacia el cual nos dirigimos, se hallaba en el rumbo E. por S. Se reconoce a distancia por una montaña alta y redonda que lo corona. Hay una punta al ONO. que presenta una superficie semejante a ésta; pero su situación es siempre lo bastante para distinguirlos uno de otro.

A las siete y media doblamos este famoso cabo y entramos en el Océano Atlántico Meridional. Es la misma punta de tierra que tomé por el cabo cuando pasé en 1769; pero en aquel tiempo no estaba seguro de ello. Es la extremidad más meridional de un grupo

de islas, de varias dimensiones, que yacen enfrente de la Bahía de Nassau, y que son conocidas con el nombre de Islas de Hermite; está situado dicho cabo a los 68° 13' de longitud O. y 55° 58' de latitud, de acuerdo con las observaciones hechas en 1769. Pero las que hicimos cuando estuvimos en el Canal de Navidad, reducidas al Cabo de Buena Esperanza por el reloj, y otras que hicimos después, y que redujimos del mismo modo, le sitúan en los 67° 19'. Lo más probable es que la media de las dos, o sea 67° 46', se aproxime más a la verdad. Sobre el lado noroeste del cabo hay dos rocas picudas semejantes a pilones de azúcar; yacen en dirección NO. por N. y SE. por S. una de otra, según la brújula. Otras rocas bajas aparecen al oeste del cabo y otras al sur, pero todas muy cerca de la costa. Desde el Canal de Navidad al Cabo de Hornos, la ruta es al ESE. E., con una distancia de treinta y una leguas. En la dirección ENE., y a tres leguas del Cabo de Hornos, existe una punta rocosa, a la que llamé Cabo Mistaken (Equivocación), y es la punta meridional de la más oriental de las Islas de Hermite. Entre estos dos cabos parece existir un paso directo a la Bahía de Nassau, en el cual fueron vistas algunas islas; la costa, sobre el lado oeste, parece formar buenos puertos y bahías. En algunas cartas se representa el Cabo de Hornos como formando parte de una isla pequeña. No pudimos confirmar esto, ni tampoco desmentirlo, pues varios rompientes aparecían en la costa sobre las dos partes este y oeste de él, y la espesa bruma nos impedía ver distintamente los objetos. Las cúspides de algunas colinas eran de roca; pero las laderas y valles parecían cubiertos de verdura y de arboledas.

Desde Cabo de Hornos enfilamos el E. por NN., rumbo que nos alejó de las rocas cercanas al Cabo Mistaken. Estas rocas son blancas a causa del excremento de las aves que en gran número veíamos volar

sobre ellas. Después de haber pasado estas rocas, pusimos la proa al NE. E. y NE., en busca del Estrecho de Le Maire, a fin de examinar en la Bahía del Buen Suceso si existían huellas de haber estado allí el *Adventure*. A las ocho de la noche, navegando cerca del estrecho, recogimos velas y ceñimos el viento. Por este tiempo, el Pilón de Azúcar, sobre la Tierra del Fuego, aparecía al N. 33° O.; la punta de la Bahía del Buen Suceso, que está precisamente próxima al cabo del mismo nombre, N. 20° E., y la Tierra de los Estados, que se extiende del N. 53° E. a 67° E. Poco después cayó el viento, y tuvimos alternativas de aire ligero y calma hasta cerca del mediodía siguiente; durante este tiempo nos hizo derivar la corriente hacia la Tierra de los Estados.

30 de diciembre.

Habiendo sucedido a la calma una ligera brisa al NNO., navegué hacia la Bahía del Buen Suceso, ayudado por las corrientes que se dirigían al N. Antes de esto habíamos izado nuestro pabellón y disparado dos cañonazos, y poco después vimos humo que salía de entre los bosques situados sobre la punta sur de la bahía; juzgué que este humo sería debido a hogueras que encendieran los indígenas, pues era el mismo sitio en que residían cuando estuve aquí en 1769. Tan pronto como llegamos a la entrada de la bahía envié al teniente Pickersgill a que hiciese un reconocimiento y viera si existían trazas del *Adventure;* entretanto permanecimos barloventeando. A las dos cambió la corriente, dirigiéndose al S., y Mr. Pickersgill me informó, al regresar, de que había encontrado la marea baja; lo contrario observé cuando estuve aquí la vez anterior, pues entonces me pareció que la marea venía del N. Míster Pickersgill no encontró ni la menor señal de que hubiese arribado allí ningún buque. Hice inscribir sobre una tabla el nombre de nuestro navío, y la

clavé en un árbol en el sitio en que fondeó el *Endeavour*, con el propósito de informar al capitán Furneaux de nuestro paso si por casualidad venía a anclar aquí después de nosotros.

Al desembarcar Mr. Pickersgill fué cortésmente recibido por varios de los naturales, que iban vestidos con pieles de guanaco y de focas y luciendo brazaletes de alambre de plata, formados de un modo semejante al puño de una espada; indudablemente eran de fabricación europea. Eran de la misma raza que los que habíamos visto en el Canal de Navidad, y, como aquéllos, repetían a cada momento la palabra pecherais. Uno de los indígenas habló largo rato con Mr. Pickersgill, señalándole primero el navío y después la bahía, como si deseara que entráramos en ella. Míster Pickersgill nos dijo que la bahía estaba llena de focas y de ballenas; lo mismo habíamos observado en el estrecho, especialmente sobre la costa de la Tierra del Fuego, donde, en particular, las ballenas eran en extremo numerosas.

Tan pronto como el bote fué colocado a bordo, operación que terminó cerca de las seis, hicimos vela hacia el E., con suave brisa al N. Habiendo explorado la costa sur de la Tierra del Fuego, decidí hacer lo mismo con la Tierra de los Estados, la cual, según tengo entendido, es tan poco conocida como la primera. A las nueve arreció el viento, saltando al NO., y entonces viramos y nos dirigimos al SO., con objeto de pasar la noche, que no resultó de las mejores, pues estuvo tormentosa, con bruma y lluvia.

31 de diciembre.

A las tres de la siguiente mañana navegamos hacia el extremo este de la Tierra de los Estados, la cual quedaba a las cuatro y media al S. 60° E.; la punta occidental, S. 2° E., y la Tierra del Fuego, S. 40° O. A poco de tomar estos rumbos una espesa niebla envol-

vió la tierra, viéndonos precisados a marchar en la obscuridad, pues solamente a intervalos podíamos distinguir la costa. Según avanzábamos hacia el E. vimos varias islas, de distintas dimensiones, situadas a lo largo de la costa. Parecía existir un amplio paso entre la isla más oriental y otra próxima al O. Hubiera deseado atravesar este paso y fondear junto a una de estas islas, en espera de mejor tiempo, pues al sondar hallamos solamente veintinueve brazas; mas juzgando que para esto sería preciso navegar en las tinieblas a favor del viento, preferí mantenerme alejado de las islas, y con este fin, ceñí el viento hacia el N. A las ocho nos hallábamos a través de la isla más oriental, a dos millas de distancia y con el mismo fondo que antes. Recogí todas las velas, excepto tres gavias, en espera de que el tiempo aclarase, pues la niebla era tan espesa que no podíamos ver más tierra que esta isla. Después de esperar una hora, y como el tiempo no mejorase, navegué bordeando el extremo este de la isla, con intención de disponer, en caso necesario, de un fondeadero seguro y una mar tranquila. Pronto encontramos una fuerte corriente, semejante en su aspecto a la producida por los rompientes. También observamos sobre la isla una gran cantidad de aves marinas y pájaros. Esto era una tentación demasiado poderosa para que gente en nuestra situación pudiese resistirla: así es que decidí fondear, con objeto de probar lo que tan sólo podíamos ver a distancia. Por último, después de hacer unas cuantas bordadas en busca de buen terreno para el ancla, fondeamos en veintiuna brazas de agua, con un fondo pedregoso, y a una milla de la isla, que se extendía desde el N. 18° E. al N. 55° O.; poco después, habiendo despejado el tiempo, divisamos el Cabo San Juan, o extremo este de la Tierra de los Estados, marcando el rumbo S. 75° E. y distante cuatro leguas. Nos hallábamos defendidos de los vientos del S. por la Tierra de los Estados, y de los del N.

por la isla; las otras yacían al O. y nos resguardaban de estos vientos; pero además de estar expuestos a los vientos del NE. y E., también soplaban los del NNO. Esto podía haber sido evitado anclando más hacia el O.; pero elegí este sitio por dos razones: primera, por estar cerca de la isla en la que trataba de desembarcar, y segunda, para tener la facilidad de salir a la mar con cualquier viento.

Después de comer lanzamos al agua tres botes, y desembarcamos con una gran parte de la tripulación: unos, a matar focas, y otros, a matar pajaros, pescar, o bien a procurarse lo que encontraran en su camino. En cuanto a lo primero, cualquier sitio de la costa era bueno, pues toda estaba plagada de ellas, y por el ruido que hacían se hubiera creído que el litoral estaba lleno de vacas y terneras. Al desembarcar vimos que se trataba de un animal de distinta especie que la foca, pero muy parecido en la forma y en sus movimientos. Le llamamos león (1), a causa del gran parecido que el macho tiene con este animal. También hay aquí la misma clase de focas que habíamos hallado en Nueva Zelandia, y que generalmente son conocidas con el nombre de osos de mar (2); al menos, les dimos este nombre. Son, por lo general, tan mansos, o mejor dicho, tan estúpidos, que permanecían inmóviles y nos permitían acercarnos lo bastante para matarlos a palos; los ejemplares mayores los cazamos a tiros, por creer que sería peligroso acercarse a ellos. Vimos también en la isla pingüinos y cuervos en abundancia; con los últimos se veían algunos polluelos ya con plumas, que eran un bocado excelente. También había gansos y patos, pero no muchos; algunas aves de rapiña, y unas cuantas es-

(1) Probablemente la hoy llamada *Otaria jubata*, foca de las Islas Falkland y Patagonia. *(Nota de la edición española.)*

(2) Acaso alguna especie del género *Arctocephalus*, foca común a Nueva Zelandia, sur de Africa y de América. *(Nota de la edición española.)*

pecies de pájaros pequeños. Por la tarde regresamos a bordo con nuestros botes bien cargados.

1 de enero.

Al siguiente día, 1 de enero de 1775, viendo que tan sólo faltaba un puerto seguro, que constituyese un buen lugar para que descansasen las tripulaciones de los buques que fortuita o intencionadamente pudiesen llegar aquí, envié a Mr. Gilbert, en la escampavía, a que buscase uno. Según las apariencias, tendría éxito su exploración sobre la parte opuesta al navío. También envié otros dos botes en busca de los leones de mar, etc., que habíamos matado la víspera, y poco después me fuí yo también y observé la altura del Sol a mediodía en el extremo nordeste de la isla, obteniendo la latitud de 54° 40' 5" S. Después de cazar unos cuantos gansos y algunas otras aves, y de habernos provisto en abundancia de pollos de cuervo, volvimos a bordo cargados de leones, osos de mar, etc. Cazamos los leones y osos viejos principalmente por aprovechar la grasa o gordo para hacer aceite, pues, excepto su asadura, que era tolerable, la carne resultaba demasiado rancia para ser comida, de cualquier modo que se condimentara. En cambio, los oseznos eran un alimento agradable, y aun la carne de algunas viejas leonas no era muy mala; pero la de los machos nos pareció detestable. Por la tarde envié algunos individuos a tierra, a fin de que quitaran la piel y la grasa de los animales que habían quedado muertos sobre la costa, pues ya teníamos a bordo más carne de la necesaria, y yo me fuí en otro bote a cazar pájaros. A eso de las diez volvió Mr. Gilbert de la Tierra de los Estados, donde encontró un buen puerto, situado tres leguas a poniente del Cabo de San Juan y en la dirección N., un poco al E., del extremo nordeste de la isla oriental. Puede ser reconocido por algunos islotes situados a su entrada. El canal que existe en el lado este de dichas islas

tiene media milla de ancho. La ruta para entrar en él es SO. por S., inclinándose gradualmente al O. por S. y O. El puerto está, aproximadamente, en esta última dirección; tiene casi dos millas de longitud, y en algunos sitios cerca de una milla de ancho; su profundidad varía de diez a cincuenta brazas, con fondo de lodo y arena. Sus costas estan cubiertas de árboles, cuya madera es propia para combustible, y se ven varias corrientes de agua dulce. Sobre las islas había leones de mar, etc., y un número tan inmenso de gaviotas, que obscurecían el aire cuando se dispersaban y casi sofocaban a nuestra gente con sus excrementos. Parecia que arrojaban éstos como medio de defensa, y su olor era peor que el de la asafétida o, como es llamada comúnmente, excremento del diablo. También vió nuestra gente varios gansos, patos y los *caballos de carrera*, según nuestra denominación, que son también una especie de patos. Di a este puerto el nombre de Año Nuevo, debido al día en que fué descubierto. Sería mucho más cómodo para los navíos que hacen rumbo al O. o alrededor del Cabo de Hornos, si su situación se lo permitiera, salir al mar con un viento de Levante o N. Esta ventaja, no obstante, es de poca importancia, toda vez que dichos vientos nunca han sido de larga duración. Los vientos que predominan son los de Poniente y S., por lo cual nunca puede detenerse mucho tiempo un navío en este puerto.

2 y 3 de enero.

Como no pudimos zarpar en la mañana del día 2, por falta de viento, envié una cuadrilla de hombres a la costa de la isla a cazar y pescar. Hacia mediodía saltó un fresco viento al O.; mas vino demasiado tarde y decidí esperar hasta la siguiente mañana, en que, a las cuatro, levamos anclas y, con suave temporal al NO. por O., me dirigí al Cabo de San Juan, el cual a las seis y media quedaba al N. por E. y a cuatro o cinco

millas de distancia. Este cabo, que forma la punta oriental de la Tierra de los Estados, no necesita una descripción particular. Sin embargo, tal vez no esté de más decir que es una roca de considerable altura, situada en la latitud de 54° 56' S. y longitud de 64° 7' O., con un islote rocoso al pie de su parte norte. A poniente del cabo, a unas cinco o seis millas, hay un brazo de mar que parece dividir la tierra, esto es, que comunica con el mar al S., y entre este brazo y el cabo existe una bahía, cuya profundidad no he podido reconocer. Al bordear el cabo, encontramos una corriente tan fuerte del S., que parecía originada por rompientes; con trabajo pudimos vencerla, no obstante el fuerte temporal que reinaba.

Después de doblar el cabo navegué a lo largo de la costa sur, y tan pronto como llegó el viento a soplar de tierra vino sobre nosotros en ráfagas tan violentas, que nos vimos precisados a doblar los rizos de las gavias; fué cayendo poco a poco, hasta que a mediodía se inició la calma. Por este tiempo, el Cabo de San Juan aparecía en el rumbo N. 20° E., a tres leguas y media de distancia; el Cabo de San Bartolomé, o punta suroeste de la Tierra de los Estados, quedaba al S. 83° O.; dos altas rocas aisladas, al N. 80° O., y el sitio en que la tierra parecía estar dividida, y que presentaba el mismo aspecto por este lado, marcaba N. 15° O., a tres leguas. Latitud observada, 54° 56'. En este momento sondamos; pero no hallamos fondo con un cable de ciento veinte brazas. La calma fué de corta duración, pues en seguida saltó la brisa al NO.; mas como era demasiado débil para que pudiéramos hacer frente a la corriente, derivamos hacia atrás al NNE. A las cuatro cambió el viento de repente al S. por E., soplando en ráfagas acompañadas de lluvia. Dos horas después, las ráfagas y la lluvia se apaciguaron, y volviendo el viento al O., sopló en suave temporal. Durante todo este tiempo la corriente nos

llevó hacia el N.; así, que a las ocho el Cabo de San Juan quedaba al ONO., a unas siete leguas. Entonces cesé de bordear la costa y puse la proa al SE., con objeto de alejarme de tierra, juzgando ésta lo suficientemente explorada para satisfacer el interés de geógrafos y navegantes.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

CAPÍTULO IV

Observaciones geográficas y náuticas, con una descripción de las islas próximas a la Tierra de los Estados y de los animales que hallamos en ellas.

1775. — *Enero.*

Las indicaciones precisas acerca de la dirección, extensión y disposición de la costa a lo largo de la cual he navegado durante este viaje, o al realizar mi anterior expedición, es todo lo que puede esperarse de mi viaje por estas regiones. Las latitudes han sido determinadas por la altura del Sol a mediodía, que tuvimos la suerte de poder hallar todos los días, excepto la fecha de nuestra partida del Canal de Navidad; pero esto no tuvo importancia, pues ya conocíamos su latitud por observaciones anteriores. Las longitudes han sido deducidas de reconocimientos lunares, como ya se ha dicho. He tomado 67° 46' para la longitud de Cabo de Hornos. Desde este meridiano han sido determinadas las longitudes de las demás partes por medio del reloj; por consiguiente, la longitud de la costa no está afectada de un error mayor de algunas millas, y los que puedan existir en su situación deben ser los corrientes. Creo que la longitud se ha establecido con un error inferior a un cuarto de grado; así, resulta que la extensión de este a oeste de la Tierra del Fuego, y, por tanto, la del Estrecho de Magallanes, es algo menor que la establecida por la mayor parte de los navegantes.

La longitud del Cabo de la Virgen María, que es el punto más esencial, puesto que determina la longitud del Estrecho de Magallanes, está tomada del viaje de

Lord Anson, que fija en 2° 30' la diferencia entre este cabo y el Estrecho de Le Maire. Ahora bien: como el último está en los 65° 22', el Cabo de la Virgen María debe de hallarse en los 67° 52', que es la longitud que le he asignado, y que creo fundadamente muy aproximada a la verdadera.

El Estrecho de Magallanes y la costa oriental de Patagonia se han diseñado siguiendo las observaciones hechas por los últimos navegantes ingleses y franceses.

La posición de la costa occidental de América, desde Cabo Victoria hacia el N., la he transcrito de los descubrimientos de Sarmiento (1), navegante español, que me han sido comunicados por Mr. Stuart, de la Sociedad Real.

Las Islas Falkland están copiadas de un croquis levantado por el capitán M'Bride, que dió la vuelta alrededor de ellas hace algunos años, en el navío de su majestad, *Jason;* su distancia a la costa de América coincide con la ruta del *Delfín*, a las órdenes del comodoro Byron, desde el Cabo de la Virgen María a Puerto Egmont y desde Puerto Egmont a Puerto Deseado; estos dos derroteros han sido hechos en pocos días, por lo cual no deben contener error de importancia.

La costa suroeste de la Tierra del Fuego, en lo que se refiere a golfos, islas, etc., puede ser comparada a la de Noruega, pues dudo que haya una extensión de más de tres leguas en que no exista un golfo o puerto capaz de resguardar al mayor navío; lo peor es que, hasta tanto no sean bien conocidos estos golfos, cada .al deberá determinar por sí mismo el lugar para an- .lar. Hay varias rocas disimuladas sobre la costa; pero,

---

(1) La primera expedición del célebre Pedro Sarmiento de Gamboa tuvo lugar en 1579-1580, con los barcos *Nuestra Señora de la Esperanza* y *San Francisco*. La segunda de Sarmiento tuvo lugar en 1581-1582. Ambas fueron famosísimas y acreditaron a Sarmiento como navegante y explorador. *(Nota de la edición española.)*

afortunadamente, ninguna de ellas está lejos de la tierra firme, cuya proximidad puede reconocerse mediante sondeos, en el caso en que el tiempo esté tan brumoso que no se puedan ver. Si juzgamos de toda la costa por las zonas que vimos, es muy probable que se encuentre fondo a lo largo de ella, y aun a varias leguas hacia el mar; en una palabra, que esta costa no me parece tan peligrosa como se ha afirmado.

La Tierra de los Estados (1) se halla aproximadamente en dirección E. por N. y O. por S., y ocupa una distancia de diez leguas; su anchura no es superior por ningún lado a tres o cuatro leguas. La costa es rocosa y muy sinuosa; parece formar varias bahías y golfos. En su superficie aparecen colinas escarpadas, que se elevan a una altura considerable, sobre todo cerca de la extremidad occidental. Excepto los vértices abruptos de las montañas, la mayor parte del territorio está cubierta de árboles, arbustos y hierbas de varias clases; se veía muy poca nieve en los picos. La corriente entre Cabo Deseado y Cabo de Hornos se dirige de O. a E., esto es, en el mismo sentido que la costa, pero es poco intensa; al este del cabo su fuerza es mucho mayor, y lo mismo ocurre en dirección nordeste, hacia la Tierra de los Estados. Es muy rápida en el Estrecho de Le Maire y a lo largo de la costa sur de la Tierra de los Estados; hácese torrencial alrededor del Cabo de San Juan, donde toma la dirección NO., continuando muy intensa a ambos lados de las Islas de Año Nuevo. Mientras permanecimos anclados a la altura de esta isla, observé que la fuerza de la corriente era mayor durante la subida de la marea, y que al descenso disminuía de tal modo, que el navío marchaba con el viento cuando éste soplaba del O. y ONO. Esto se refiere únicamente al sitio en que el *Resolution* estuvo fondeado, pues al mismo tiempo que nosotros sen-

(1) Hoy Isla de los Estados. *(Nota de la edición española.)*

tiamos los efectos de una fuerte corriente dirigida al O., encontró Mr. Gilbert otra de igual intensidad cerca de la costa de la Tierra de los Estados, en dirección E., aunque probablemente esta última era tan sólo debida al reflujo o marea.

Si la Luna regula las mareas, alcanzan las aguas su nivel máximo en esta parte de la costa a las cuatro, en los días de Luna nueva y llena. La diferencia de altura de las aguas es muy pequeña, apenas si llega a cuatro pies. En el Canal de Navidad la marea alta es a las dos y media, en los plenilunios y novilunios, y, según observó Mr. Wales, las aguas suben y bajan en sentido perpendicular tres pies y seis pulgadas; pero esto fué durante las mareas menores; por consiguiente, en las altas debe de haber una diferencia de nivel mucho mayor. Formar un conjunto de datos sobre las mareas y las corrientes en los cuales puedan confiar los navegantes que lleguen a estas costas requeriría una multitud de observaciones en distintos sitios, cuya realización exigiría mucho tiempo. Me reconozco desprovisto de materiales para tal exposición, y creo que cuanto menos diga sobre este particular menos errores cometeré; mas creo haber podido observar que en el Estrecho de Le Maire la marea o corriente meridional, en su ascenso o descenso, comienza a actuar en los días de Luna llena y nueva hacia las cuatro de la tarde, y este detalle tal vez sea de utilidad a los barcos que atraviesan el Estrecho.

Siguiendo mi ruta alrededor del Cabo de Hornos, hacia el O., seguramente que de no necesitar agua, leña y otros artículos, que me obligaron a entrar en puerto, no me habría acercado de ningún modo a la costa. En efecto, manteniéndose en el mar, a distancia de tierra, se evitan las corrientes, pues pierden su fuerza a diez o doce leguas de la costa, y a mayor distancia, se puede decir que no existen.

Durante el tiempo que permanecimos cerca de la

costa tuvimos más calma que tormentas, y los vientos fueron tan variables que me pregunto si no podría hacerse la travesía de E. a O. en el mismo tiempo que de O. a E.; no se sintió frío. El mercurio en el termómetro, a mediodía, nunca bajó de 46°, y mientras permanecimos en el Canal de Navidad generalmente marcaba una temperatura superior a ésta. En este lugar, la declinación fué de 23° 30' E.; pocas leguas al sur del Estrecho de Le Maire resultó de 24°, y cuando estábamos al ancla en las Islas de Año Nuevo se obtuvo la de 24° 20' E.

Estas islas son, en general, tan diferentes de la Tierra de los Estados, que merecen una descripción particular. Presentan una superficie de altura uniforme y se elevan de treinta a cuarenta pies sobre el mar, del que se hallan defendidas por una costa guarnecida de arrecifes. La parte interior de la isla está recubierta de una hierba muy verde y que alcanza gran altura; nace sobre pequeños montículos de dos o tres pies de diámetro y otro tanto de elevación, formando grandes ramilletes, que parecen formados por las raíces de la planta entretejidas. Entre estos montecillos hay numerosos senderos, que han trazado los osos de mar y los pingüinos, y por los cuales se retiran estos animales al centro de la isla. Es muy molesto caminar por estos senderos, pues estan tan sucios que algunas veces llega el lodo hasta las rodillas. Además de esta planta hay otras especies de hierba, brezo, apio, etc. El terreno es húmedo y encharcado, y sobre la costa se deslizan pequeñas corrientes de agua. La hierba antes mencionada, y que denomino hierba espada, parece ser la misma que abunda en las Islas Falkland y que Bougainville ha descrito como una especie de *Gladiolus* (1),

(1) Las especies del género *Gladiolus* se llaman en España *espadicas*. Véase BOUGAINVILLE, *Viaje alrededor del mundo*, tomo I, de la colección de *Viajes clásicos* editada por CALPE. *(Nota de la edición española.)*

o más bien una especie de gramen llamada por Pernety lirio amarillo.

Los animales que encontramos en esta pequeña tierra eran leones de mar, osos de mar y una variedad de pájaros marinos y terrestres. El león de mar está bastante bien descrito por Pernety, aunque los que nosotros vimos no tenían las patas delanteras o aletas dispuestas en la misma forma en que aparecen dibujadas en las láminas de aquel naturalista, sino que más bien eran semejantes a las de la especie que llaman lobo de mar. Tampoco vimos ninguno del tamaño que él refiere, pues el mayor que encontramos no tenía más de doce o catorce pies de longitud y unos ocho o diez de circunferencia. Lord Anson no designa con el mismo nombre esta especie; mas, por lo que yo puedo apreciar, cabe aplicarle este nombre con mucha propiedad: las largas melenas que cubren el pescuezo del animal y la parte posterior de la cabeza le dan una gran semejanza con el león. El resto de su cuerpo está cubierto de un pelo corto, poco más largo que el de una vaca o un caballo; su color es castaño obscuro. La hembra es como la mitad del macho, y su pelo también es corto y de color ceniza claro. Viven en manadas, sobre las rocas y cerca de la orilla del mar. Como era el tiempo del celo y de los partos, pudimos ver un macho con veinte o treinta hembras a su alrededor, que ponía gran cuidado en que no se le marchase ninguna y en apartar a los machos que intentaban llegar a su rebaño. Otros tenían menos hembras, y algunos solamente una o dos; también veíamos en algunos sitios uno de estos animales apartados de los demás, gruñendo y sin permitir que se le acercasen ni machos ni hembras; supusimos que serían animales viejos y agotados.

Los osos de mar (1) no son tan grandes como los leo-

(1) Véase la nota de la página 85.

nes, pero si mayores que las focas. No tienen el pelo largo que caracteriza al león; es corto y de igual longitud en todo su cuerpo, más fino, algo parecido al de la nutria, y el color que predomina es el gris de acero. Esta es la clase que los franceses llaman lobo de mar y los ingleses focas; no obstante, son distintos de la especie que tenemos en Europa y norte de América. Los leones de mar puede decirse con propiedad que son focas que han adquirido el completo desarrollo, pues todos ellos son de la misma especie. No es peligroso aproximarse, pues huyen o permanecen quietos. El único peligro está en marchar entre ellos y el mar, porque al espantarse se precipitan al agua en tal número, que atropellan todo lo que encuentran al paso. Algunas veces, cuando íbamos repentinamente hacia ellos o cuando los despertábamos (pues es un animal muy dormilón), levantaban la cabeza, gruñían, roncaban y mostraban tal ferocidad, que parecían querer devorarnos; pero al avanzar hacia ellos siempre huían: de modo que son unos perfectos matones.

El pingüino es un pájaro tan bien conocido de todos, que solamente diré que hay aquí un número prodigioso de ellos; tantos, que podíamos derribar a palos todos los que queríamos. No podré decir que sean un bocado apetecible, pues aunque algunas veces hayamos consumido una buena ración de su carne, tan sólo fué a falta de mejores platos. Estos anfibios, o no se reproducen aquí, o no era ésta su época, pues no vimos ningún huevo ni pájaros jóvenes.

Los cuervos abundan aquí, y llevamos a bordo una gran cantidad, pues son de muy buen gusto. Se establecen en ciertos sitios, y construyen sus nidos cerca del borde de las rocas, sobre los montecillos en que crece la hierba espada o en los que han ido formando al construír estos nidos un año y otro. Existe otra especie algo más pequeña que ésta, y que pone sus huevos en las grietas de las rocas.

Los gansos son de la misma especie que hallamos en el Canal de Navidad; pero vimos muy pocos, y algunos tenían crías. Míster Forster cazó uno diferente de éstos, pues era mayor, de plumaje gris y con las patas blancas. Los otros hacen un ruido semejante al de un pato. También aquí había patos, aunque no muchos, y varios de ellos de la especie que hemos denominado *caballo de carrera*. Algunos de los que cazamos pesaban veintinueve o treinta libras, y los que comieron de ellos dijeron que resultaban excelentes.

Los pájaros marinos eran gaviotas, golondrinas de mar, gallinas de Puerto Egmont (1) y un gran pájaro castaño del tamaño de un albatros, y al que Pernety llama *quebrantahuesos*. Nosotros le pusimos el nombre de *ganso de la madre Cary* (2), y le encontramos de muy buen gusto. Las aves terrestres eran águilas, halcones, buitres de cabeza pelada y el que nuestros marineros llaman buharro turco, tordos y otros pequeños pájaros.

Nuestros naturalistas hallaron dos nuevas especies de pájaros. Una de ellas es del tamaño de una paloma y de plumaje tan blanco como la leche. Viven en la costa y se alimentan de mariscos y de carroña; desprenden un olor muy desagradable. La primera vez que vimos estos pájaros pensamos que fueran los petreles blancos; pero en el momento que estuvieron en nuestras manos descubrimos el error, pues no se parecen a ellos nada más que en el tamaño y color. No tienen membranas en las patas. La otra especie es como un chorlito, casi del tamaño de una garza. Tiene el plumaje abigarrado, abundando el color gris claro, y su pico es largo y ganchudo.

He olvidado decir que hay también ostreros o, como

---

(1) Véase la nota de la página 76 del tomo I. *(Nota de la edición española.)*

(2) Es un petrel o patín.

los llamábamos en Nueva Zelandia, chorlitos; pero solamente vimos algunas parejas dispersas. Tal vez sea oportuno observar que los cuervos son los mismos pájaros a que Bougainville llama pájaros sierra; mas está equivocado al afirmar que los quebrantahuesos son sus enemigos, pues este ave es de la clase de los petreles y se alimenta exclusivamente de peces, encontrándose en todas las altas latitudes meridionales.

Es asombroso contemplar la paz en que viven todos los animales en este pequeño espacio; parecen formar una liga, en la que guardan el principio de no molestarse unos a otros. Los leones de mar ocupan la mayor parte de la costa; los osos de mar habitan en las islas; los cuervos se albergan en los arrecifes más altos; los pingüinos refúgianse en los sitios que ofrecen una fácil comunicación con el mar, y los demás pájaros escogen lugares más retirados. Hemos visto todos estos animales mezclados como los rebaños y las aves de corral, sin que ninguno intentara turbar la tranquilidad general. También he observado a las águilas y cuervos posados en los elevados picachos, unos junto a otros, sin que tampoco los últimos, aunque fuesen jóvenes, se vieran atacados por los primeros. Y cabe preguntarse: ¿de qué vivirán estas aves de presa? Supongo que de los restos de las focas y de los pájaros que mueren por distintas causas, y que deben de ser muy numerosos, dada la gran cantidad de ellos que se ve.

Esta enumeración, bastante imperfecta, se ha escrito más con el propósito de ayudar a mi memoria que para informar a los demás. No soy naturalista y no poseo palabras para describir ninguna rama de la Naturaleza.